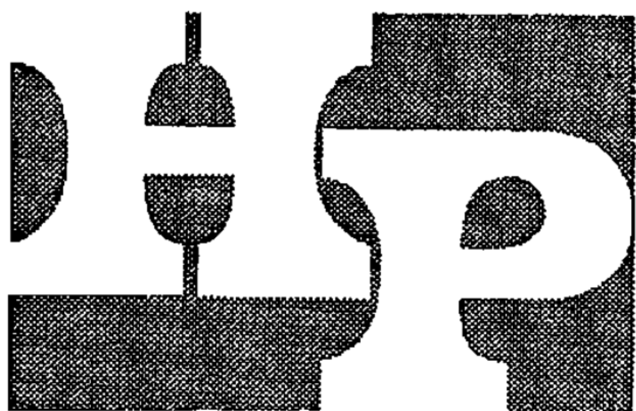


Keith Luger

LA MONTAÑA MALDITA





Héroes de la PRADERA



KEITH LUGER

LA MONTAÑA MALDITA

Colección
HEROES DE LA PRADERA, n.º 20
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 5738-1978

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: abril, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Fred Hayes caminaba por la acera de la calle principal de Culver City en dirección al *saloon* La Alegría de Texas cuando de pronto las puertas de éste se abrieron, un hombre salió disparado por una fuerza irresistible y después de dar dos vueltas de campana quedó exánime en la calzada.

Fred se detuvo para contemplar el extraño fenómeno, pero aún no habían transcurrido cinco segundos de su aparición cuando otro proyectil humano salió por las batientes y fue a caer junto al primero.

Ahora pudo percibir claramente el restallido de un puñetazo y un tercer individuo, indudablemente el que había recibido aquél, cruzó el umbral en seguimiento de los dos que lo habían precedido en aquella alocada carrera.

Entonces fue cuando Fred, observando los tres robustos y sanos cuerpos de los que yacían, lanzó un grito de regocijo y exclamó:

—¡No pueden ser otros…!

Echó a correr y penetró como un huracán en el establecimiento. Cuando se detuvo, los vio junto al mostrador, frotándose las palmas de las manos en los pantalones.

—¡Johnny Day y Guy Hutton! —gritó.

—¡Fred…! ¡El viejo Fred! —exclamó el más joven de los dos hombres que acababan de terminar la pelea.

Éste era John Day, de veintiocho años de edad, moreno, ojos azules, fuerte constitución. Vestía un traje «Príncipe Alberto» y sombrero negro de copa alta.

Guy Hutton frisaba en los treinta años y era un poco más bajo de talla que Johnny aun cuando lo igualaba en potencia muscular. Su rasgo más característico era el permanente fruncimiento de sus

cejas, como si hubiese algo en la vida que por más esfuerzos que hiciera no podía comprender.

Los tres amigos cambiaron fuertes abrazos y tras los minutos de efusión, John dijo:

—Supongo que tendremos muchas cosas que contamos. ¿Qué os parece si nos tomamos una botella de buen *whisky* en cualquier rincón, como en nuestros viejos tiempos?

La sugerencia fue aceptada por unanimidad y poco más tarde los tres antiguos camaradas hacían entrechocar sus vasos en un jovial brindis.

—¿Qué haces aquí, Fred? —preguntó Johnny, dejando su vaso vacío sobre la mesa.

—¿Y lo preguntas tú? —retrucó Hayes—. ¿Es que no sabéis que se está tendiendo un tramo del ferrocarril entre esta ciudad y Galverston? Basta eso, ¿no?

—Desde luego —asintió Guy—. Donde haya un lugar en que colocar unas cuantas millas de traviesas, allí está el viejo Fred. Tú, por lo visto, no escarmientas.

—¿Qué quieres que haga? No conozco otra cosa. Es lo mío.

—¡Y un cuerno! —exclamó Johnny—. Fíjate en Guy y en mí. También éramos unos esclavos del acero, pero lo pensamos a tiempo y nos largamos. Esas poderosas compañías terminan por chuparle la sangre a uno. Vamos, dime tú, Fred, ¿qué has sacado en limpio después de haber estado trabajando con los ferrocarriles?

—Bueno, no me puedo quejar —contestó Hayes, que acababa de cumplir los cincuenta—. Tengo algún dinero ahorrado.

Hubo un silencio mientras los tres hombres se miraban.

—¿Cuánto? —inquirió Johnny.

Fred se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua y repuso:

—Puede que en la cuenta corriente haya unos trescientos dólares.

—¡Trescientos dólares! —chilló Hutton—. ¿Llamas tú a eso dinero? Cualquier fulano vendiendo un tónico para la cabeza gana eso en una semana.

—No nos engañemos —intervino John—. Tú sabes que eso es una miseria, Fred. ¿Qué nos pasó mientras trabajábamos en la Pacific? ¿Cuántas veces expusimos nuestras vidas? Y al final,

cuando nos dimos aquel abrazo que suponía la unión de las dos castas del país, al terminar la borrachera, nos percatamos de que habíamos entregado a la compañía lo mejor de nosotros y ellos no nos habían dado a cambio nada. Sólo unos cuantos dólares que nos apresuramos a gastar alegremente. Por eso Guy y yo no quisimos saber nada más de ferrocarriles. Es lo que tú debías haber hecho, venir con nosotros y respirar nuevos aires.

—No estuvo mal del todo —comentó Fred—. Por la forma que habláis, debéis de haber hecho fortuna.

Johnny y Guy se miraron un poco asombrados por las palabras que acababan de oír y, finalmente, Johnny carraspeó, diciendo a continuación:

—Hemos hecho alguna cosa que ha valido la pena.

—¿Sí…? —Fred hizo una pausa y luego disparó—: ¿Qué?

—Ya sabes las aficiones de Guy a la gastronomía. Abrimos un restaurante en Denver. Hacíamos una caja diaria de ciento cincuenta dólares. Tampoco eso estaba mal, ¿eh?

—Desde luego que no. ¿Por qué lo dejasteis?

—Ya sabes. Era un trabajo demasiado sedentario. A Guy y a mí nos gusta un poco más de dinamismo.

Traspasamos el negocio y luego hemos hecho varias cosas más.

—¡Estupendo! Me gusta que mis amigos prosperen. Debéis de tener cuatro o cinco mil dólares, por lo menos, entre los dos. Bueno, no es que me urja mucho, pero en vista de vuestra floreciente situación económica, ¿qué os parece si me pagáis ahora los doscientos cincuenta pavos que os presté hace dos años, precisamente el día en que terminasteis con la Pacific?

Johnny y Guy miraron un poco asombrados a Fred y tragaron saliva.

—Bueno, ¿qué os pasa? —inquirió Hayes.

—Verás, Fred… —empezó a decir Johnny y se quedó cortado.

Fred arrugó la nariz, miró de hito en hito a sus amigos y por último exclamó:

—¡Grandísimos embusteros! Soy capaz de apostar la paga de una semana a que entre los dos juntos no llegáis a tener cinco dólares.

Guy no pudo resistir la mirada que le dirigía Hayes y la bajó, contemplando el filo de la mesa. Johnny hizo un movimiento

afirmativo y dio un suspiro de resignación.

—Casi has acertado, Fred. Tres dólares con noventa centavos.

—¡Malditos orgullosos! De modo que no sabíais que el viejo Fred Hayes estaba en Culver City. Todo era casual.

—Está bien —repuso Guy—. Anda, díselo ya, Johnny.

El joven Day se pellizcó el lóbulo de la oreja y explicó:

—De acuerdo, Fred, tú ganas. Estábamos sin blanca y pensamos que ya que estabas tú aquí de capataz, podrías darnos trabajo. Es cierto lo del restaurante en Denver, pero el día de caja más fuerte no llegamos a sumar nueve dólares y cada vez que abríamos la puerta del establecimiento teníamos que pagar once dólares de gastos. Perdimos todos los ahorros y luego vivimos unos cuantos meses a crédito. Al fin los acreedores se nos tiraron encima y se quedaron con todo. Luego, ya te lo puedes imaginar. Hemos ido rodando de un sitio a otro, haciendo de todo un poco para poder llenar el estómago, hasta que a éste se le ocurrió la idea de volver a los ferrocarriles.

—¡Fue a ti a quien se te ocurrió, Johnny! —Protestó Guy.

—Da lo mismo quien fuese —dijo Hayes—. Habéis tardado dos años en regresar y lo importante es que estáis aquí. Pero decidme, ¿qué os ha pasado con esos tres de ahí fuera?

—Ha sido una cuestión de amor propio —explicó Johnny—. Guy pisó a uno sin querer y, a pesar de que se disculpó, el fulano le buscó camorra. Ellos eran tres y yo no tuve más remedio que intervenir.

—Es mal asunto.

—¿Por qué?

—Esos tres trabajan en el tendido. La compañía tiene prohibidas las peleas entre sus obreros. Quien pega un puñetazo no tiene ocasión de hacerlo dos veces. Lo despiden inmediatamente.

—¿Así están las cosas?

—Esto no es la Union Pacific, muchachos. Aquello lo hacíamos recorriendo una región salvaje y había libertad de acción, pero esto es Texas y los de esta comarca se sienten muy orgullosos de haber terminado con los forajidos que hace unos años asolaban el país. Aquí impera la ley y es criterio de la Unión de Ferrocarriles de Texas que el trabajo sólo será eficiente si se evitan las luchas intestinas entre los que lo comparten.

—Eso es casi filosofía, Fred —apuntó Guy.

—Filosofía o no, son las órdenes que hemos recibido.

—Está bien —convino Johnny—. No tendrás preocupaciones con nosotros. Guy y yo seremos un par de angelitos. Después de todo, les hemos zumbado a ésos antes de ingresar en la compañía.

—Espero que no lo tengan en cuenta cuando os proponga.

Guy Hutton lanzó una exclamación.

—¡Por todos los infiernos…! Ya sabía que el viejo Hayes no nos fallaría.

—¿Cuál es el sueldo, Fred? —preguntó Johnny, yendo a la parte práctica del negocio.

—Cuatro dólares diarios.

—¡Cuatro dólares diarios! —rugió el joven—. ¿Con qué clase de ladrones te has contratado, Fred? En la Pacific pagaban siete.

Fred dio un respingo en la silla y dirigió una mirada a su alrededor, temiendo que las palabras de Day hubiesen sido oídas.

—Serénate, muchacho, y comprende lo que son las cosas. Allí existía el riesgo de que cualquier indio te escalpase.

—Ya salió otra vez eso. Al parecer, tu compañía tiene buenos medios para engañar a los que no tienen más remedio que trabajar honradamente porque lo prefieren a seguir el camino de la delincuencia.

—Entérate de una vez, Johnny. Yo no soy un jefazo de la compañía, sólo un modesto capataz. Comparto tus ideas en cierto sentido. Admito que el sueldo es pobre, pero no puedo hacer nada más de lo que hago por vosotros. Aceptáis o aquí nos separamos de nuevo.

Hubo una larga pausa.

Johnny y Guy se miraron pensativamente y, por fin, el primero dijo:

—Tú decides, Guy.

—¿Qué quieres que hagamos? No tenemos otra salida —y, fijando sus ojos en el rostro de Hayes, preguntó—. ¿Cuándo empezamos, Fred?

CAPÍTULO II

El ruido del acero se entremezclaba con las imprecaciones y juramentos.

—¿Qué clase de tipos sois? —gritaba un hombre, dirigiéndose a un grupo de cuatro que llevaban sobre los hombros una pesada caja —. ¡Moveos un poco más rápido! ¿Es que creéis que habéis venido a una fiesta?

Johnny Day y Guy Hutton resoplaron sudorosos bajo la carga y el primero dijo por la comisura de los labios:

—Cualquier día de éstos me voy a olvidar de las órdenes de la compañía y voy a sacar la dentadura de cuajo a ese Greyson.

—Avísame cuando se te ocurra —convino Guy—. Yo también quiero darle muestras de mi afecto.

—¡Eh, vosotros! —Gruñó el llamado Greyson, un gigantón de casi dos metros de altura de poderosa cabeza, anchas espaldas y brazos largos—. ¿Qué es lo que refunfuñáis? ¡Si vuelvo a oíros lo vais a pagar caro!

—¡Maldito tipejo! —Se atrevió todavía a explicar, pollo bajo, Hutton.

Apenas los cuatro hombres habían dejado la caja en el lugar a que estaba destinada, un sonido metálico cruzó el aire. Era la señal para suspender el trabajo.

Los dos amigos, sucios y sudorosos, se enjugaron la cara con el pañuelo y Guy preguntó:

—¿Vamos a la ciudad hoy a comer, Johnny? Ya estoy cansado de tragar esa horrible pitanza.

—Yo lo estoy más que tú, pero no tenemos más remedio que aguantarnos. Si nos dejamos caer por Culver City, nos costará un par de dólares la comida y no resistiremos la tentación de comprar

una botella de *whisky*. Con ello liquidaremos el sueldo equivalente a un día. No, muchacho, acerquémonos a la tienda y comamos como los demás. Nos conviene ahorrar un poco.

—¿Hasta cuándo resistiremos, Johnny? Llevamos siete días así y, según parece, no llegaremos a Galverston hasta dentro de un mes y medio.

—Es cuestión de paciencia.

Johnny y Guy se sentaron sobre un saco y empezaron a comer. De pronto una sombra se proyectó entre ellos y levantaron la mirada contemplando la figura de Fred Hayes, vestido con un «Príncipe Alberto» seminuevo.

—¿Qué es eso, Fred? —preguntó Johnny—. ¿El traje de los domingos?

—Seguramente va a ver a la novia de Culver City —rezongó Guy.

Hayes se mantuvo serio y tras pegar un puntapié a una pequeña piedra que tenía al lado, repuso:

—El caso es que vengo a despedirme de vosotros.

Los dos jóvenes dejaron de mover las mandíbulas y sólo Day frunció el ceño, puesto que Hutton no lo había desarrugado desde que empezó a trabajar con la Unión de los Ferrocarriles de Texas.

—No hablarás en serio, ¿eh, Fred? —dijo, por fin, Johnny.

—¿Por qué no había de hacerlo? —retrucó Hayes—. La verdad es que empezaba a cansarme ya un poco de todo esto. El otro día, cuando os encontré en Culver City, me abristeis los ojos. No vale la pena sacrificarse por el acero. Lo he estado pensando desde entonces y anoche lo decidí. Ya sabéis que tengo un hermano en San Francisco. Os he hablado de él muchas veces. Tiene una gran frutería en una de las principales calles de la ciudad y me escribió hace algún tiempo para decirme que me fuese con él. Ahora he decidido aceptar su sugerencia.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Johnny.

—Esta misma tarde, en la diligencia que va a El Paso.

—¿Por qué tanta prisa?

—Quiero perder de vista esto cuanto antes. —Hayes dirigió una mirada al material que se apilaba en la meseta, a las tiendas levantadas, a los carros y, por último, la depositó en la vía que se dirigía hacia el Noroeste.

Johnny lo descubrió. En aquellos ojos cansados había nostalgia y pesar. Dejó la escudilla a un lado y se incorporó diciendo:

—Te voy a acompañar a Culver City, Fred.

—Nada de eso —objetó Hayes—. No podéis perder media jornada de trabajo por un estúpido sentimentalismo. Éste es un buen sitio para despedirnos.

—Guy se quedará. Yo pediré permiso. Me viene bien. No creas que lo hago por ti. Me duele un poco la espalda y quiero que me vea un doctor en la ciudad.

—La compañía tiene su médico que visita el campamento dos veces por semana. Tienes derecho a que te asista gratuitamente.

—Al diablo con ese matasanos. Lo vi el otro día actuar. Lo haría mejor un veterinario. Es cosa decidida, Fred. Voy contigo o solo.

—De acuerdo —aceptó Hayes. Y tendió la mano hacia Guy, el cual se levantó cambiando un apretón.

Hutton quiso decir algo, pero no le salieron las palabras de la boca. Fred también perdió toda su elocuencia y, tras morderse el labio inferior, giró sobre sus talones y se alejó.

Johnny se separó de Hayes para acercarse a Greyson que liaba un cigarrillo, de pie, observando cómo comían los obreros.

—He de pedirle algo, Greyson —empezó a decir Johnny, cuando se detuvo a su lado.

El gigante lo miró ceñudo, preguntando:

—¿De qué se trata?

—He de ir a la ciudad. Hoy llega mi prima Elena.

—¿Su prima? ¿A qué viene aquí su prima?

—Mi amigo Hutton y yo tenemos el estómago un poco delicado y Elena es una gran cocinera. Por dos o tres dólares comeremos los tres un poco mejor que en este campamento.

—No les gusta nuestra comida, ¿eh?

—Es riquísima, pero demasiado fuerte para nosotros. ¿Qué dice?

—Está bien, lárguese, pero daré conocimiento a la superioridad para que lo tengan en cuenta. Usted cobrará hoy solamente media jornada.

—Claro que sí. No consentiría que la Unión de Ferrocarriles de Texas se arruinase por mi culpa.

Greyson empezó a poner cara hosca, pero antes de que pudiese replicar, Johnny dio media vuelta y se dirigió adonde lo esperaba

Fred Hayes.

—Anda, Johnny, sube —indicó Fred, señalando al conductor en el pescante—. Bill nos llevará a Culver City.

Veinte minutos más tarde el vehículo se detenía junto al edificio ocupado por las oficinas de la entidad que explotaba el servicio de diligencias entre Culver City y El Paso. Johnny y Fred saltaron a la acera.

—He de ir por mi equipaje —explicó Fred—. Me lo guarda la mujer que me lavaba la ropa.

—Está bien, yo iré al médico, entretanto —dijo Johnny—. ¿Qué te parece si nos vemos dentro de una hora en La Alegría de Texas?

Hayes dio su conformidad y los dos amigos se separaron.

Johnny caminó por la acera con paso elástico deteniéndose ante la casa de mejor aspecto de toda la calle. Junto a la ancha puerta había una placa en que se podía leer:

«Unión de Ferrocarriles de Texas, Dirección»

Johnny penetró en un gran vestíbulo a cuyo frente había una larga hilera de ventanillas. Cada una de éstas mostraba un cartel indicando el servicio que se prestaba desde el otro lado.

Johnny se dirigió a la de personal y llamó en la puertecita de vidrio. Se abrió ésta, apareciendo en el hueco un hombre mofletudo, con grandes bolsas bajo los ojos.

—Lo siento, muchacho —dijo antes de que Johnny pudiera preguntar nada—. Está toda la plantilla cubierta. Acércate la semana próxima y veremos si hay suerte.

Iba el empleado a cerrar la ventanilla cuando el joven se lo impidió con la mano, mientras explicaba:

—No busco trabajo. Ya estoy empleado en la compañía.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —preguntó el otro, arrugando el ceño.

—Se trata de un amigo mío. Usted lo debe de conocer: Fred Hayes.

—Oh, sí, Fred. Un buen hombre. Todo el que lo ha tratado lo echará de menos.

—¿Por qué se va?

—Ha sido despedido y no me pregunte el motivo. Aunque le parezca a usted increíble, yo lo ignoro. Recibí la orden de arriba y yo me he limitado a comunicárselo a Fred.

—De arriba, ¿eh? —Johnny hizo una pausa y, finalmente, dio las gracias.

Cruzó otra vez el vestíbulo, ganó una puerta lateral y encontróse ante una escalera cuyos peldaños subió de dos en dos. En el primer piso había un ancho corredor con puertas en ambos lados. Un hombre se levantó de una silla como un autómata y echó una mirada precavida a Johnny.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó.

—Solamente ver al jefe de todo este tinglado.

Su interlocutor achicó los ojos y retrocedió un paso.

—¿Se ha vuelto loco, muchacho?

—Quizá sea eso. He estado tanto tiempo trabajando en este cochino ferrocarril que el sol me ha calentado la cabeza.

—Pues no va a conseguir su objeto —dijo el otro, llevándose la mano a la funda donde descansaba el «Colt».

Johnny no tenía armas, pero se mostró pleno de actividad. Disparó su puño derecho contra la mandíbula del guardián el cual estrelló las espaldas contra la pared, puso los ojos en blanco y se desplomó lentamente en el suelo, donde quedó sentado. Day se agachó sobre el desvanecido le quitó el revólver, que se metió bajo el cinturón y echó a andar por el pasillo. Abrió la primera puerta, pero no vio a nadie en la habitación. En la segunda obtuvo el mismo resultado, pero al llegar ante la tercera oyó ruido de voces. Hizo girar el pomo, tiró con energía y se coló en el interior.

Alrededor de una mesa había seis personas, pero Johnny sólo prestó atención a una de ellas. Tratábase de una mujer de singular belleza, que no tendría más de veintitrés años de edad. Poseía un cabello negro, sedoso y fino, unos ojos del mismo color, grandes y rasgados, unos labios rojos como la grana y una piel blanca, suave y tersa.

Un hombre de mediana edad se incorporó de pronto, preguntando con voz un poco atemorizada:

—¿Quién es usted? ¿Qué busca?

Aquellas sucesivas preguntas hicieron recordar a Johnny Day el motivo por el que se encontraba allí.

—¿Quién es el jefazo de todos ustedes?

La nueva pregunta produjo entre los presentes el efecto de un escopetazo. Los sesudos varones enarcaron las cejas, palidecieron,

estiraron el cuello. Tan sólo la mujer fue capaz de mantenerse serena y con voz un tanto irónica declaró:

—Yo soy la persona que usted busca.

Johnny volvió la cabeza hacia ella, observando su aire de suficiencia.

—No estoy para bromas, señorita.

—Ni yo tampoco. Mi tiempo está tasado. Sepa usted que con su inopinada intromisión ha interrumpido un importante debate.

Entonces Johnny se dio cuenta de que la joven que le dirigía la palabra se encontraba a la cabecera de la mesa.

—Es usted, ¿eh?

El hombre que había hablado antes desorbitó los ojos mientras exclamaba:

—¡Cuidado, señorita Farr! ¡Tiene un revólver!

Se hizo un silencio glacial que fue interrumpido por la voz clara de la señorita Farr.

—¿Quiere hacernos el favor de decirnos qué es lo que desea?

—He venido aquí para ser informado acerca de un particular. Concretamente se trata de que me digan por qué ha sido despedido un hombre que trabajaba para ustedes.

—Al parecer, no debe estar en su sano juicio —repuso la mujer —. ¿Quién es usted para exigirnos cuentas de nuestras decisiones?

—Es cierto que no soy nadie, simplemente un empleado de su propia compañía, un obrero de los que trabajan en el tendido del ferrocarril de Culver City a Galverston. Por tanto, al dar este paso, estoy seguro de que he dejado de pertenecer a su plantilla. Eso es lo que menos me importa. Pero no puedo permitir que por mi culpa pierda su cargo un amigo. Por si acaso todavía no lo saben, estoy hablando de Fred Hayes.

—¿Se refiere al capataz? —preguntó la joven.

—El mismo. Si él nos dio trabajo a mi amigo y a mí consiguiendo de ustedes su aprobación, fue porque se dejó llevar por la vieja amistad que nos une. Al fin y al cabo, Guy y yo fuimos quienes pegamos a sus tres obreros.

—¿De qué diablos está hablando, señor…? ¿Cómo debo llamarlo?

—Day, John Day.

—Pues no le he entendido una palabra, señor Day.

—Seré más claro. Han despedido a Fred Hayes porque propuso como obreros de la compañía a dos hombres, inmediatamente después de que éstos pelearon con tres empleados.

—Está en un error, señor Day —advirtió la joven—. El señor Hayes no ha sido despedido por el motivo que usted alega. Ni siquiera ha llegado a mis oídos que usted y ese Guy de quien habla, peleasen con tres de nuestros hombres antes de que ustedes fuesen admitidos.

—¿Cuál es la causa, entonces?

—Vuelvo a repetirle lo de antes. Que usted no es nuestro censor para que debamos explicar las razones de nuestros acuerdos, pero, no obstante, y para su propia tranquilidad, le voy a enterar de lo que quiere. Fred Hayes ha sido despedido porque la compañía se ve obligada en estos momentos a reducir su personal.

—¿Reducir su personal ahora que todos los brazos son necesarios para acabar el ferrocarril a Galverston? —exclamó Day —. Estoy informado de tienen que terminar el tendido en un plazo que expira dentro de un mes y medio.

—Exacto, señor Day. Celebro que lo sepa porque de esa forma le será más fácil comprender que nosotros nunca podremos realizar el tendido en ese plazo.

Johnny frunció el entrecejo.

—¿Y eso lo han decidido ahora? —replicó—. ¿Qué clase de compañía es ésta?

—Recóbrese, señor Day —exhortó ella—. Ya ha sido enterado usted de por qué Hayes ha dejado de trabajar con nosotros. Ahora déjenos resolver nuestros propios problemas.

—Me iré enseguida, señorita Farr, pero antes déjeme que le diga algo. Ustedes creen que no pueden realizar el tendido en el plazo previsto porque se encuentran muy retrasados en su realización. Según me contó Hayes, empezaron tres semanas después del día en que debían haberlo hecho.

—Magnífico, Day —ironizó la señorita Farr—. Resulta consolador pensar que uno de nuestros obreros se ocupa de problemas que atañen a la compañía.

—Eso he hecho, señorita Farr —contestó él, sin perder la calma —. He visto los planos del tendido y comprendo perfectamente las poderosas razones que tienen ustedes para llegar a la conclusión de

que no podrán cumplir el contrato que en su día suscribieron. Pero hay una solución.

Los cinco hombres que permanecían sentados habían borrado de sus rostros las expresiones de temor y ahora reflejaban cierta curiosidad.

—¿Qué solución, señor Day? —preguntó la mujer.

—La única dificultad que ustedes encuentran en su camino es la Montaña Maldita y, según el plano general del tendido, éste ha de rodear la montaña.

—Absolutamente cierto, señor Day.

—Bien —convino Johnny. Hizo una pausa mientras observaba una vez más las caras de los que lo miraban ahora atentamente—. ¿Por qué no perforan la montaña?

Hubo otro silencio que duró varios segundos y, al fin, uno de los hombres soltó un bufido…

—¿Habla en serio, señor Day? ¿No ha dicho que ha visto los planos del tendido? No se trata de una colina, ni mucho menos…

—Cabalgué cerca de ella cuando me dirigía con mi amigo a Culver City e incluso pasé una noche en una de sus cuevas.

La señorita Farr golpeó la mesa con el extremo de un lápiz, llamando la atención sobre ella. Cuando lo hubo conseguido, miró atentamente el rostro de Day diciendo:

—Sepa una cosa, señor Day. Tenemos nuestros ingenieros y cuando estudiaron el terreno sobre el que se había de hacer el tendido, no se olvidaron de la Montaña Maldita. En su perforación se hubiese invertido también mucho tiempo, el presupuesto habría sido mayor y es muy posible que incluso se hubiera tenido que abandonar el proyecto para volver a hacer el tendido rodeando la montaña.

—Escuche, señorita Farr: Yo no soy ingeniero, pero llevo trabajando en los ferrocarriles cinco años, un insignificante espacio de tiempo comparado con el que ha sacrificado Fred Hayes por el Caballo de Hierro. Podría usted buscar entre toda la población de nuestro país a un hombre más entendido que Hayes en el asunto del ferrocarril y no lo encontraría. Fred me tiene dicho que la perforación de la Montaña Maldita es posible.

—Afortunadamente para nosotros, no tenemos necesidad de su consejo, ni el de Fred Hayes —repuso la joven—. Y ahora satisfecha

su curiosidad, ¿quiere dejarnos proseguir ya nuestro debate? Pase por la ventanilla de personal dentro de una hora y le harán la liquidación de sus haberes.

—De acuerdo, señorita Farr. Así lo haré. Me resulta gracioso oírle hablar de sus debates, de sus acuerdos y de sus decisiones… Cuando nos encontramos ante una difícil coyuntura en la vida, están de sobra las palabras y lo que se requiere es la acción. No se sale del paso dialogando durante horas y horas para finalmente adoptar una actitud pasiva frente a algo que nos amenaza. No se debe retroceder jamás. Nunca debemos abandonar una partida ya iniciada. Es preferible superar todas las dificultades y tratar de vencerlas. Para ello es imprescindible jugarse algo. El dinero, la vida, el presente y a veces incluso el futuro…

Day guardó silencio. Las miradas de cuantos se hallaban en la sala convergían en él. De pronto giró sobre sus talones; abrió la puerta que tenía al lado y antes de salir volvió la cabeza para decir:

—Pueden proseguir su debate.

Ya en el corredor, cerró a sus espaldas y vio que el desvanecido guardián se levantaba del suelo tocándose el maxilar inferior para comprobar si lo tenía roto. Johnny no le dijo nada, sino que le cogió la mano, púsole en ella el revólver de que lo había despojado minutos antes y bajó la escalera. Una vez en la calle, se dirigió con paso resuelto hacia La Alegría de Texas.

CAPÍTULO III

Johnny estaba bebiendo el segundo vaso de *whisky* ante el mostrador cuando llegó a su lado Fred Hayes, el cual depositó en el suelo la maleta y se irguió, pidiendo un vaso de ginebra.

Johnny carraspeó fuerte y dijo:

—Creo que me voy a ir contigo, Fred.

Hayes lo miró, arrugando los ojos.

—¿Por qué eso, Johnny?

—El médico me ha dicho que cambie de aires.

—¿Y Guy?

—Iré a avisarle al campamento. El puede hacer lo que quiera, pero supongo que deseará venir con nosotros también. ¿A qué hora sale la diligencia?

—No tienes mucho tiempo, Es dentro de una hora.

—Está bien. Espérame.

Fred se quedó solo en el *saloon* y cuarenta y cinco minutos más tarde sus amigos se reunieron con él.

Johnny y Guy, después de lavarse concienzudamente, se habían puesto los trajes con que Fred los encontró siete días antes en aquel mismo lugar. Guy Hutton refunfuñaba.

—Así no podremos hacer nunca nada. Siempre vamos de un lado para otro.

—El viajar siempre ilustra —arguyó Johnny.

—¿Qué vais a hacer con vuestros caballos? —preguntó Fred.

Johnny le mostró un fajo de billetes que sacó del bolsillo, mientras explicaba:

—Ya los hemos vendido. Será mejor que nos marchemos cuanto antes.

El único equipaje de los jóvenes consistía en unas mantas

enrolladas. Fred pagó todo lo consumido, cogió la maleta y salieron los tres a la calle.

Sacaron los billetes para El Paso y se dispusieron a subir a la diligencia en cuyo interior ya había dos pasajeros.

De pronto un hombre llegó corriendo por la acera y se detuvo resoplando junto a los tres amigos. Johnny reconoció su cara. Era el hombre que había advertido a la señorita Farr que él, Day, tenía un revólver.

—¿Qué hace, señor Day? —preguntó con una sonrisa que quería ser afectuosa.

—Ya lo ve —contestó el joven—. Me largo con mis amigos de Culver City.

El otro tosió un par de veces mirando a Fred y Guy.

—La señorita Farr me ha dado orden de que los viese a ustedes.

—¿Para qué?

—Los espera dentro de quince minutos en su oficina. Me ha encargado les dijese que se trata de una cuestión muy importante.

—De acuerdo —repuso Johnny—. Lo pensaremos.

El empleado hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

—¿Qué infiernos pasa ahora? —preguntó Guy.

—No lo sé —contestó Day—. Pero saldremos de dudas si vamos a visitar a esa señorita.

—¿Una mujer? —siguió preguntando Hutton—. ¿Cuándo has hecho amistad con ella?

—Es el presidente de la Unión de Ferrocarriles de Texas —manifestó Johnny—. ¿Lo sabías tú, Fred?

El gesto que hizo Hayes indicó que también desconocía el asunto.

—Conque ibas a ver al médico, ¿eh, Johnny? —murmuró el viejo luchador.

—Olvida eso y vayamos a verla.

—¿Y los billetes? Ya sabes el reglamento. No devuelven su importe cuando se adquieren una hora antes de que salga la diligencia. Es un buen puñado de dólares que perderemos. Y después de todo, no sabemos para qué nos quiere esa mujer.

—Es una corazonada, amigos —repuso Johnny. Y se puso a andar en dirección al edificio de la compañía.

Poco después oyó a sus espaldas los pasos de sus amigos que lo

seguían.

Ascendieron por la escalera llevando en sus manos sus equipajes. El guardián que Day había dejado fuera de combate miró a éste con cierto respeto y dijo:

—Pueden pasar. La señorita Farr me ha advertido de su llegada.

Penetraron en la habitación donde la sociedad celebraba el consejo. Allí continuaban todavía todos cuantos Johnny había conocido en su visita anterior.

—¿Son sus amigos, señor Day? —preguntó la señorita Farr.

—Éste es Fred Hayes —hizo las presentaciones el joven—, y el de mi izquierda Guy Hutton.

—Hemos estado pensando en sus palabras, señor Day —declaró la hermosa mujer— y deseamos hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—Usted habló antes de la posibilidad de perforar la Montaña Maldita al objeto de cumplir el contrato que tenemos suscrito con la compañía del ferrocarril de Santa Fe. Suponiendo que aceptásemos su sugerencia, es decir que llevásemos a cabo su proyecto, ¿se atreverían usted y sus amigos a asumir el mando de la operación?

Johnny contestó con otra pregunta.

—¿Están dispuestos a correr ese riesgo? Ninguno de los tres somos ingenieros.

—Después de irse usted hemos consultado en nuestros archivos la ficha de Fred Hayes. Según sus antecedentes ha trabajado durante veinticinco años en los ferrocarriles. Usted dijo que la idea de la perforación era de él.

Hayes fue a protestar, pero Johnny le tocó suavemente con el codo para que callase.

—Sí, así es, señorita Farr —confirmó el joven.

—Bien, en tal caso tienen una magnífica oportunidad de probar que no hablan por hablar. Nuestros ingenieros se limitarían a seguir sus instrucciones. Hayes se encargaría de la parte técnica y usted, señor Day, y su amigo Hutton, de la ejecución propiamente dicha.

Johnny tragó saliva dándose cuenta en aquel instante de la responsabilidad que contraía si daba una respuesta afirmativa. Sabía perfectamente que sus amigos se limitarían a prestar su conformidad si él se comprometía por los tres. La señorita Farr volvió a hablar.

—Naturalmente, debe interesarles conocer las condiciones económicas en que trabajarían para nosotros. Como comprenderá, señor Day, debemos asegurarnos de que nuestro esfuerzo, es decir, de que nuestra inversión de capital no va a resultar infructuosa. Entre mis compañeros de consejo hay quienes opinan que ustedes tres no son más que unos aventureros siempre dispuestos a aligerar la bolsa de quien se les cruce en el camino. Quizá les parezca a ustedes demasiado cruda, pero es precisa esta explicación…

—No es necesario que se justifique tanto, señorita Farr. Vaya al grano. ¿Qué condiciones económicas son ésas?

—Sólo cobrarán ustedes quince dólares diarios pagaderos semanalmente, pero si llevan a cabo en el plazo previsto el tendido a Galverston, la Unión de Ferrocarriles de Texas les recompensará su trabajo abonándoles dos mil dólares a cada uno.

Guy Hutton dio un respingo, exclamando:

—¡Que me maten, muchachos…! ¿Habéis oído lo que yo, precisamente?

—Estamos de acuerdo, señorita Farr —dijo Johnny—. Pero supongo que no tendrá inconveniente en que dejemos constancia de todo eso por escrito.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo, y tras apretar con fuerza los labios, replicó con voz airada:

—Señor Day, la Unión de Ferrocarriles de Texas que presido jamás acepta compromisos verbales. Protocolizaremos una escritura en la que se hará constar los derechos y las obligaciones de ambas partes y ustedes tendrán su copia correspondiente. También he dado las órdenes oportunas a uno de nuestros ingenieros para que realice los planos de la perforación.

—¿Quiere decir, señorita Farr, que daba por descontada nuestra respuesta afirmativa?

—Efectivamente; usted nos indicó que el riesgo forma parte de nuestros actos. Ya lo ve. He aprendido bien su lección.

—Hay una cosa que deseo quede clara desde este momento, señorita Farr —advirtió Johnny.

La mujer enarcó las cejas, interrogativamente, y él añadió:

—Toda persona que, de una manera u otra, esté relacionada con la ejecución del tendido, ha de quedar a nuestras órdenes para despedir a quien no cumpla y enrolar nueva gente.

—Eso hasta ahora ha sido cuestión de nuestro jefe de personal.

—Con nosotros puede ahorrarse este cargo.

—¿Aún no han empezado y ya quieren buscarnos complicaciones?

—Escuche esto, señorita Farr —indicó, con firmeza, Johnny—. Nosotros nos comprometeremos a llegar a Galverston en un mes y medio. Pero no podemos tener las manos atadas en ningún sentido. Para llevar a cabo lo que nos proponemos, necesitamos revestirnos de autoridad. Si ésta falla, por cualquier razón que sea, nuestros esfuerzos resultarán inútiles. No podemos dejar en manos de uno que no sea cualquiera de nosotros la facultad de despedir o admitir un obrero.

Los ojos de la joven chispearon como dos ascuas y se sostuvieron fijos en el rostro de Johnny, mirándolo con fiereza. Al cabo de un rato se dirigió a los hombres que había alrededor de la mesa y díjoles:

—Sugiero a los señores consejeros aprueben una recomendación confiriendo a estos tres hombres poderes especiales sobre el personal que trabaja en la línea de Galverston hasta que el tendido quede terminado.

Inmediatamente, la recomendación fue aprobada por unanimidad. La señorita Farr levantó la mirada, fijándola de nuevo en Johnny.

—Ya ha oído, señor Day. Ahora esperamos que no fracasen. Pueden retirarse. Vengan mañana a firmar el contrato.

Los tres amigos salieron de la habitación, bajaron la escalera y ganaron la calle.

—¿Qué os parece, compañeros? —preguntó, jovialmente, Johnny.

Fred Hayes se detuvo y sus amigos lo imitaron.

—¿Sabes lo que te digo, muchacho? —repuso Fred—. Que debes estar muy grave de ahí arriba para haberte atrevido a dar este paso… ¡Y encima me has metido a mí en el lío!

—Vamos, Fred, no seas quisquilloso. Tú sabes que lo podemos hacer.

—¡Y un cuerno! Es la mayor locura que he oído en mi vida. Podría llevarse a cabo si se contase con tiempo suficiente. ¿De qué crees que es la Montaña Maldita? ¿De pastel de manzana? ¡Allí hay

miles de toneladas de roca! Sólo para hacer el túnel invertirás un par de meses… ¡Y luego te quedarán más de doce millas en línea recta hasta Galverston!

—Lo haremos, viejo —repitió Johnny.

—¡Condenado fanfarrón…! ¿Qué clase de *whisky* te has metido en el estómago hoy?

Guy miró compungidamente a Fred y dijo:

—¡Y pensar que a estas horas podíamos estar camino de El Paso…!

Day cogió a cada uno de los amigos por el brazo y los tres echaron a andar acera adelante.

CAPÍTULO IV

Hacía cuatro días que Day, Hayes y Hutton habían iniciado su trabajo. Gracias a una distribución racional de los hombres con que contaban, estableciendo turnos de noche, habían logrado realizar en setenta y dos horas el trabajo de una semana. Tan sólo les separaba de la Montaña Maldita media milla.

En aquel atardecer, mientras el sol teñía de rojo el horizonte, los tres amigos contemplaban, sin pronunciar palabra alguna, la ingente mole que se interponía en su camino. Llevaban en aquella actitud un buen rato cuando Hayes hizo chasquear la lengua, comentando:

—Por más que lo intentemos, no conseguiremos pulverizarla con nuestros ojos. Seguirá estando aquí.

—Es lo que digo yo —replicó Hutton—. Todavía estamos a tiempo de largarnos. Bastante hemos hecho por la compañía adelantándole unas cuantas jornadas el trabajo. Que hagan ellos ahora lo demás.

Johnny salió de su abstracción mirando de hito en hito a sus amigos.

—Está en juego nuestra palabra —declaró.

—Tu palabra solamente —objetó Guy—. No nos diste ocasión de pronunciarnos en un sentido o en otro. Tú lo dijiste todo.

—Olvidáis que estampasteis vuestras firmas en el compromiso.

—¡Al diablo con eso! ¿Qué es una firma?

Johnny emitió una risita.

—Sois unos malditos embusteros los dos. Si yo fuese quien sugiriese que nos largásemos, ninguno de los dos me seguiría. A pesar de toda vuestra palabrería, estáis deseando meterle mano a esa montaña. Apuesto a que seríais capaces de romperos el espinazo

por llegar a la otra ladera.

—Eso es lo malo —rezongó Fred—. Que nos romperemos la columna vertebral y otra cosa y no habremos conseguido nada.

—¿Qué os parece si dejamos de lamentamos? Mañana será un día de gran trabajo.

Desde lejos se oyó el chirrido de un carruaje y Guy volvió la cabeza.

—Eh, Johnny. Creo que tienes visita.

—¿Quién es?

—Míralo tú mismo.

Day dirigió la vista atrás al tiempo de ver que Susan Farr descendía de un coche tirado por dos caballos.

—Vayamos a saludar a nuestro patrón —dijo.

—Eso es cuenta tuya —replicó Fred—. Guy y yo echaremos un vistazo a la sección primera.

Antes de que Johnny pudiera objetar algo, sus amigos se alejaron de él. Entonces lanzó una maldición por lo bajo y se puso a andar.

Susan observaba el trabajo que unos obreros realizaban en la terminal de la vía cuando él se aproximó por detrás.

—Buenas tardes, señorita Farr. No la esperaba hoy.

Ella se volvió con los ojos brillantes de malicia y ladeó ligeramente la cabeza, preguntando:

—¿Cuándo me esperaba, señor Day?

—Pensé que se reservaría para el momento en que yo abandonase la empresa.

Hubo un silencio mientras ambos se miraban con cierto aire de desafío.

—Sí, tiene razón, señor Day. Creí que cuando usted pensase detenidamente en la tarea que se había impuesto, se decidiría a llamarme para presentarme su renuncia. Pero en vista de que eso no ha ocurrido todavía, he decidido venir yo al enterarme de que esta noche llegaría a la montaña.

—Y espera que abandone en este instante, ¿no es eso, señorita Farr?

—¿No sería lo más conveniente para todos?

—¿Qué pasaría si yo abandonase, señorita Farr?

Susan distendió los labios en una sonrisa.

—Nuestro abogado, Robert Lund, tiene preparada una denuncia en virtud de la cual la Unión de Ferrocarriles de Texas solicita del juzgado la detención de usted y sus amigos por fraude.

Johnny sintió que sus sienes latían.

—Lo ha preparado todo muy bien, ¿eh, señorita Farr?

—Soy el presidente del consejo de administración de nuestra firma, y como tal, debo velar por nuestros intereses. ¿Cree que podía dejar al azar una cuestión tan importante como la relativa a las responsabilidades que ustedes han contraído con nosotros? No bastaba nuestro contrato de carácter civil. Ustedes tres son insolventes y no hubiésemos adelantado nada pidiéndoles cinco mil dólares, o diez mil, o cincuenta mil. Tenía que enfocar el asunto desde el punto de vista criminal. Así, ustedes siempre estarán en nuestras manos aun en el caso de que se les ocurra marcharse sin nuestro consentimiento. Siempre serán requeridos por haber cometido un delito.

—Es usted muy lista, señorita Farr, pero en esta ocasión ha ido demasiado lejos. Mis socios y yo nos enfrentaremos mañana con la montaña y pensamos agotar todas nuestras posibilidades.

—Desgraciadamente, sus palabras no servirán de nada, si no logran llegar a Galverston dentro de cinco semanas.

—Esto está por ver. —Johnny hizo una pausa y luego añadió—: Mañana a primera hora iré a Culver City para reclutar a cincuenta obreros más. Quiero que esta misma noche corra la noticia por toda la ciudad.

—¿Cincuenta hombres más? —repitió Susan—. No piense en ello, señor Day. Ya tiene un buen equipo.

—Eso es cuenta mía, y yo considero que es necesario ese medio centenar de obreros. ¿Debo recordarle que es de nuestra incumbencia la admisión y el despido del personal?

Susan se mordió el labio inferior mientras su semblante palidecía.

—Es su desquite, ¿verdad, señor Day?

—Se equivoca si cree que me voy a conformar con tan poca cosa. No, no es ningún desquite. Ahora todos mis actos están encaminados a procurar que ese instante llegue.

—Es usted un insolente.

Johnny sonrió, metiéndose las manos en los bolsillos.

—No me diga que he conseguido excitarla, señorita Farr. Eso sería reconocer por su parte que es un ser humano.

Los ojos de la hermosa muchacha brillaron como dos ascuas y de pronto dio media vuelta y subió al carruaje, ordenando con voz perentoria al conductor:

—¡A la ciudad, Tom!

Johnny vio alejarse el carruaje sin borrar la sonrisa de los labios. De repente oyó un resoplido a sus espaldas y se volvió. Hutton llegaba corriendo.

—¿Qué pasa, Guy? —le preguntó.

—Creo que vamos a tener jaleo —contestó Guy, cuando estuvo a su lado—. Alguien ha traído un cargamento de *whisky* y lo ha vendido a escondidas. Hay un par de docenas de hombres que tienen una botella en el bolsillo trasero, bajo la camisa o escondido en cualquier lugar próximo. Fred y yo acabamos de descubrir a un par de fulanos echándose un buen trago al coleto.

—¡Condenados estúpidos! —rezongó Johnny—. Esto hay que acabarlo ahora mismo. ¿Dónde es?

—En, la sección segunda.

—Bien, vamos allá.

Echaron a andar y poco más tarde se detuvieron ante el grupo que trabajaba allanando el terreno para que los de atrás fuesen haciendo el tendido.

Guy señaló a un hombre robusto, de estatura regular, que trabajaba con el pico. El bolsillo de su pantalón abultaba de forma considerable. Johnny se dirigió a él y le tocó la espalda con el índice.

—Eh, tú. Para un momento.

—¿Qué quiere, jefe? —preguntó.

—Dame esa botella.

—¿Qué botella? —inquirió el obrero.

—No te hagas el tonto. Esa que llevas ahí detrás.

—Ya comprendo. Quiere echar un trago también.

Sacó la botella y se la alargó a Johnny. Éste la cogió y, tras mirarla unos instantes, la estrelló contra el suelo. Todos vieron cómo el *whisky* se desparramaba formando un pequeño riachuelo que pronto tragó la sedienta tierra roja.

—¿Por qué ha hecho eso, Day? —interrogó el hombre que había

perdido la botella.

Johnny le miró y después desvió sus ojos hacia todos los que los tenían fijos en él.

—Escuchadme bien. Hemos de realizar un trabajo y lo vamos a hacer a conciencia. No quiero ninguna borrachera durante las horas de faena. Queda prohibida la entrada en el campamento de la más pequeña cantidad de alcohol. Quien contravenga de cualquier forma esta orden, será expulsado inmediatamente. Ahora me contento con advertirlo. Alguien ha creído hacer un buen negocio trayendo *whisky*. Lo siento por los que lo hayan comprado, porque aquel que tenga en su poder una botella, me la va a entregar.

Un impresionante silencio siguió a las palabras pronunciadas por Day. Los obreros se miraban unos a otros como buscando entre ellos al que debía oponerse a la prohibición que acababa de ser hecha.

Al fin fueron dos los que se decidieron a moverse.

—No puede usted hacer eso, Day —advirtió el que parecía de más edad, unos cuarenta años, de estatura media y ancho tórax—. Es cuenta nuestra gastar el dinero en la forma que nos convenga.

El otro, un poco más alto y delgado, reafirmó la opinión de su compañero.

—Yo estoy con Jeffrey, señor Day. No puede quejarse de nuestro trabajo. No descansamos más que lo necesario, y cuando llega la noche estamos tan rendidos que no nos quedan ánimos para ir a Culver City. Es lógico que queramos tener unas horas de esparcimiento.

—No me opondría a que compraseis *whisky* si supiese que nadie iba a abusar de él y que sólo se iba a tomar fuera de las horas de trabajo —respondió, calmosamente, Johnny—. Pero el caso es que muchos no podrían resistir la tentación de echar un trago durante las horas en que hay que dar rendimiento. Reconociendo que tienen derecho al descanso bien ganado, no puedo consentir que mis hombres se emborrachen en el campamento. Tarde o temprano, eso mermaría las energías de quienes abusaran e incluso daría lugar a incontables peleas. Cualquiera que estuviese en mi lugar haría lo mismo que yo. El que no se conforme, ya sabe lo que tiene que hacer. Lo dice ahora, se le paga y quedamos tan amigos.

—Usted habla así porque sabe que no nos podemos ir —replicó el llamado Jeffrey—. Tardaríamos días o quizá semanas en

encontrar otro trabajo y… ¿Sabe lo que le digo, Day? Que yo tengo un contrato con la Unión de Ferrocarriles de Texas hasta que se termine el tendido. En él no se me prohíbe beber *whisky*. Voy a quedarme aquí y a beber todo el que quiera. Y métase esto bien en la cabeza. Usted es el último que ha llegado, un lechuguino que se lo ha creído. Ordénenos respecto a nuestro trabajo, pero no se meta en lo que no debe. ¿Qué dices tú, Bill?

Su amigo llenó el pecho de aire y repuso:

—Está claro como el agua. Has hablado como un senador, Jeffrey.

Se oyeron unas cuantas carcajadas y casi todos los hombres miraron a Johnny con sarcasmo. Tras una larga pausa el joven dijo:

—Un motín, ¿eh? Voy a cortar por lo sano. Tú, Jeffrey y tú, Bill, ya podéis dejar las herramientas. Quedáis despedidos.

—¿Quién dice eso? —preguntó Jeffrey con ironía.

—Lo digo yo y hasta —retrucó, con firmeza, Johnny.

—Tú eres el que va a salir de aquí, Day. Y puede que no lo hagas por tu propio pie.

Jeffrey dejó el pico y avanzó sobre Day, arqueando ligeramente los brazos. En aquella actitud parecía un gorila dispuesto a atacar. Tras él se puso en movimiento Bill.

Hutton, que había permanecido silencioso, dio un paso para interponerse entre los hombres, pero su amigo le cortó rápidamente:

—No, Guy. Este asunto lo he iniciado yo y lo voy a terminar solo. Si venciese con tu ayuda, no serviría de nada.

Hutton se dio cuenta de que Johnny tenía razón y retrocedió, dejando a Jeffrey ante Johnny y se dobló haciendo un amago con el puño izquierdo, pero inmediatamente disparó el derecho. Day no se dejó sorprender por el truco, sino que flexionando hábilmente la cintura dejó pasar por encima de su hombro el brazo de su rival e inmediatamente le conectó un terrible puñetazo en el hígado. Jeffrey se echó hacia delante, boqueando convulsivamente, y entonces Johnny le cerró los labios de un trallazo con la otra mano.

Jeffrey se desplomó como fulminado por un rayo. Bill saltó por encima de su amigo y logró golpear el pómulo de Day, quien trastabilló un par de yardas. Bill subestimó a su enemigo y se lanzó sobre él de nuevo, sin cuidar la guardia. Johnny le dejó llegar y,

aunando todas sus energías en el bíceps izquierdo, lanzó el puño contra el plexo solar del otro. Sonó una especie de cañonazo y Bill cayó hacia atrás y quedó en el suelo, exánime, con brazos y piernas en cruz.

Johnny inspiró profundamente y luego advirtió:

—Cuanto os he dicho antes queda en pie. Ordenaré a los capataces hagan saber a todos la orden a fin de que nadie pueda alegar ignorancia. Ahora, repito, los que tengan en su poder alguna botella de *whisky* deben entregarla inmediatamente.

Un hombre se echó mano a la camisa y sacó de la abertura del pecho una botella que entregó a Guy Hutton. Fue la señal para que un montón de obreros hiciesen lo mismo. En poco tiempo se reunieron en el suelo más de veinte botellas.

Jeffrey y Bill se pusieron en pie, tambaleándose, y John les dijo:

—No quiero resentidos entre mis hombres. De modo que olvidáis esto y os comportáis como si nada hubiese ocurrido u os marcháis. Lo dejo a vuestra elección.

—Yo me marcho —repuso Jeffrey, restañándose la sangre que le corría de la comisura de los labios—. ¿Y tú, Bill?

—Me iré contigo.

—Está bien —convino Johnny—. Pasaos mañana por las oficinas de Culver City y allí se os pagará lo que se os debe.

Los dos hombres que habían sido vencidos echaron a andar, pero de pronto Jeffrey se detuvo y volvió la cabeza, amenazando:

—Eso lo pagará, Day. Luego reanudó la marcha con su compañero.

Hutton tocó con el codo a Johnny.

—Yo de ti les haría un escarmiento mejor. ¿Es que vas a dejarlos escapar de verdad? Lo que les has hecho no ha sido nada. Necesitan una buena paliza.

—No vale la pena ensuciarme las manos.

—¿Tú crees? —Hutton miró a los dos hombres que se alejaban y encogióse de hombros. Luego observó las botellas que había en el suelo—: ¿Qué hago con esto?

—Llévalas a la cocina y cerciórate de que un hombre se ocupe de guardarlas.

—¿Para qué las quieres?

—Las repartiremos cuando lleguemos a Galverston.

Johnny se quedó un instante pensativo y respondió:

—Conviene ir haciendo los preparativos.

Inmediatamente, giró sobre sus talones y echó a andar; pero cuando se había alejado unas yardas se detuvo y, volviéndose, apuntó con el índice a su amigo.

—Recuerda que la prohibición de beber *whisky* reza para ti también, Guy.

Hutton miró las botellas que tenía a sus pies y puso una cara triste.

—¡Maldita sea! La única vez que tengo oportunidad de nadar en *whisky* y resulta que ni lo puedo probar.

Johnny sonrió, mientras reanudaba el camino.

CAPÍTULO V

Johnny y Fred entraron a la mañana siguiente en Culver City. Llevaban un carro tirado por dos caballos cuyas riendas sujetaba el primero. De pronto, Fred exclamó:

—Eh, mira aquello. Parece que pronto encontraremos los cincuenta hombres.

Efectivamente, junto al edificio donde se ubicaban las oficinas de la Unión de Ferrocarriles de Texas, había una aglomeración de gente, pero conforme el vehículo fue acercándose, los dos amigos fruncieron el ceño. Uno de los hombres que Day había despedido el día anterior, el que respondía al nombre de Jeffrey, se encontraba en una acera, subido encima de un tonel, dirigiendo la palabra a la multitud.

—¡Yo os digo que trabajar para el ferrocarril es peor que estar en el infierno! —vociferaba en aquel momento—. Pagan un sueldo miserable. Sirven una comida que rechazarían hasta los cerdos. Y por si esto fuera poco, os exigen que estéis recluidos. Nada de alcohol, nada de mujeres… ¡Y todo por cuatro miserables dólares!

Johnny detuvo el vehículo frente a la última fila de espectadores y se irguió en el pescante, fijando sus acerados ojos en el rostro del orador.

—¡Un momento, Jeffrey! —gritó de pronto Johnny, interrumpiéndole.

El aludido levantó rápidamente la mirada y en el primer instante pareció quedar cohibido, pero pronto reaccionó al darse cuenta de que se le presentaba una magnífica oportunidad de remachar el clavo. Apuntó con el dedo a Day, mientras exclamaba:

—¡Ahí lo tenéis, muchachos! Ése es John Day. Muy pronto será conocido con otro nombre. «El verdugo del ferrocarril de

Galverston». El ha sido quien ha prohibido que se beba alcohol dentro del campamento, y él es también quien obliga a sus hombres a echar el hígado por la boca trabajando sin descanso. Observadle bien ahora porque dentro de muy poco será responsable de la muerte de alguno que vosotros conozcáis.

—¿Has terminado ya, Jeffrey? —repuso con voz ronca.

—Adelante. Diga usted ahora lo que quiera. Trate de convencerlos.

Las anteriores palabras fueron pronunciadas en tono desafiante. Johnny sabía bien lo que se jugaba en aquel momento y aceptó el reto.

Empezó a hablar en tono suave, pero luego levantó la voz para ser oído por todos.

—No voy a afirmar ni a negar nada de lo que os ha dicho Jeffrey. Pero hay una cosa que me he preguntado mientras lo escuchaba. ¿Por qué tiene él interés en persuadiros para que no trabajéis en el ferrocarril?

Una cosa se hizo evidente entonces. Que ninguno de los presentes se había hecho aquella pregunta a sí mismo. En todos los semblantes se dibujó una expresión de curiosidad por escuchar las palabras de Day.

Éste, tras una larga pausa, señaló a Jeffrey a su vez, manifestando:

—Existe una sola razón por la cual Jeffrey se expresa así. El odio. Ayer lo sorprendí con una botella de *whisky* y lo invité como a todos, a que me la entregase. El se jactó de no recibir órdenes mías y pretendió hacerme frente. Con ayuda de un compañero suyo, un tal Bill, quiso ponerme en ridículo delante de mis hombres. Podéis preguntar a cualquiera de los obreros que lo presenciaron y os dirán que no lo consiguió. Luego les ofrecí la oportunidad de seguir obedeciendo como los demás y ellos prefirieron marcharse. Todos sabéis que un obrero cobra cuatro dólares. El propio Jeffrey, mi querido enemigo, os lo acaba de decir. No es un jornal que pueda convertir a un hombre en millonario, pero sí suficiente para ahorrar unos cuantos al día. En el campamento se da comida y habitación gratis y el intenso trabajo hace que pocos quieran hacer la caminata de Culver City para pasar aquí unas horas. Es la gran oportunidad que se os ofrece de tener dentro de un mes y medio un centenar de

dólares en el bolsillo. Con que reservéis veinticinco centavos para lavar la ropa y veinticinco más para tabaco, os quedan limpios tres cincuenta.

Jeffrey miraba nerviosamente de un lado a otro, dándose cuenta de que Johnny iba a ganar la partida, y gritó enfurecido:

—¡Está bien! Ahorraréis lo que él dice. Pero ¿cuándo disfrutaréis los dólares que logréis reunir? ¡Podéis estar seguros de que los que trabajan en ese tendido no lo contarán!

—Son paparruchas —replicó Johnny—. Jamás he oído decir que nadie haya muerto por trabajar. El hecho de que venga a Culver City por más hombres, indica que no quiero sobrecargar a los que ya forman parte de nuestro equipo. Yo opino que un hombre rinde más dosificando sus esfuerzos.

Jeffrey hizo un último esfuerzo por conseguir que los oyentes se inclinasen de nuevo a su favor.

—Hay un truco, amigo. Se está refiriendo a lo que ganaríais vosotros. ¿Por qué no os dice lo que él va a cobrar cuando el tendido llegue a Galverston?

—De acuerdo —admitió Johnny en aquel instante—. Os diré lo que voy a ganar. La Unión de Ferrocarriles de Texas me ha prometido dos mil dólares y en cuanto a mi sueldo diario es de quince dólares.

Jeffrey lanzó una risita.

—¿Qué os parece, muchachos? ¡El se meterá en el bolsillo dos mil dólares si os dejáis el pellejo en las traviesas, si regáis con vuestro sudor las catorce millas que faltan por tender!

—¡Escuchadme bien! —exhortó Johnny—. Prometo en este instante que si llegamos a Galverston en el tiempo previsto, única oportunidad de que yo cobre los dos mil dólares, sortearé el importe íntegro de mi recompensa, en lotes de cien dólares, entre todos los obreros.

Los espectadores se quedaron unos minutos paralizados, pero de pronto rugieron de entusiasmo y lanzaron los sombreros al aire.

Fred se irguió en su asiento, rascándose una patilla.

—¿Te has vuelto loco, muchacho? ¿Sabes lo que acabas de hacer? ¡Tirar dos mil dólares por la ventana!

Johnny contestó sin mirarle, saludando con la cabeza a las aclamaciones del público:

—Entérate tú de otra cosa, Fred. Pienso sacar el dinero que necesito en el momento oportuno. Es una de las cosas que más me atraen de este experimento. Demostrar a cierta persona que se ha equivocado de medio a medio respecto a mí.

Un empleado de la compañía que llevaba una visera en la frente y manguitos en los brazos, cruzó entre el público y acercóse al coche por el lado en que se encontraba Johnny.

—Eh, señor Day.

—¿Qué quiere?

—La señorita Farr desea hablar con usted.

Johnny se miró las yemas de los dedos de la mano derecha y respondió:

—Dile que estoy ocupado.

—¿Cómo dice? —repuso, estupefacto, el otro.

—Ya lo has oído. No tengo nada más que añadir.

El de la visera movió la cabeza de arriba abajo y volvió a la casa.

—Anda, Fred —dijo Johnny—. Encárgate tú de enrolar a estos hombres y envíalos al campamento.

Un sexto sentido impulsó a Johnny a alzar la vista. En el hueco de una ventana se encontraba Susan Farr. La podía ver hasta un poco más abajo de la cintura. Parecía una hermosa fiera dispuesta a saltar sobre su presa. Por detrás de su hombro, el empleado que había traído el mensaje a Johnny gesticulaba, repitiendo la contestación de éste.

Day hizo una reverencia, sonriendo, y entonces la joven dio media vuelta bruscamente y se alejó de la ventana.

CAPÍTULO VI

Robert Lund, abogado de Culver City, se hallaba sentado ante su mesa de trabajo examinando unos contratos de compraventa cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Está bien. Pase —dijo.

Era uno de sus empleados, el cual con voz apenas audible declaró:

—Rex Poling desea verle, señor Lund.

Lund dio un respingo en su asiento.

—¿Ha dicho Poling? ¿Rex Poling? —Y cuando su empleado afirmó con la cabeza, añadió con voz irritada—: ¿Qué está esperando? ¿Por qué no lo ha hecho pasar ya?

Rex Poling, de estatura regular, cabellos y ojos grises y rostro de rasgos voluntariosos, penetró en la estancia dando grandes zancadas. Lund se puso en pie, distendiendo los labios en una sonrisa.

—Ahorrémonos las palabras que pronuncian dos amigos que vuelven a encontrarse —dijo Poling, enfrentándose con el abogado —. Ya puede figurarse que debo tener una razón poderosa para abandonar mi oficina de San Antonio y venir a Culver City.

Lund carraspeó un poco inquieto.

—Comprendo que mis últimas noticias le hayan preocupado, señor Poling.

—¿Qué demonios pasa, Lund? Usted me comunicó hace tan sólo diez días que diese por seguro el fracaso de la Unión de Ferrocarriles de Texas. Me dijo que pensaban abandonar el tendido a Galverston.

—Como puede comprender, señor Poling, sabía perfectamente lo que decía. Soy el abogado de la Unión de Ferrocarriles de Texas y,

como tal, conozco perfectamente las decisiones de la señorita Farr.

—¿Qué ha pasado, entonces, para que se vuelva atrás?

—Nada que pueda inquietarle, señor Poling. Ferrocarriles del Oeste, la empresa que usted dirige, ganará la partida esta vez a la Unión. Ellos tendrán que abandonar el tendido a Galverston y ustedes se ocuparán de terminarlo con arreglo al derecho de opción que les fue concedido.

—Todo eso ya lo sé, señor Lund. No he venido aquí para que usted me lo repita. Quiero que me informe sobre las circunstancias en virtud de las cuales la Unión de Ferrocarriles va a realizar un esfuerzo para terminar la línea.

—Insisto en que el asunto es disparatado. Véalo usted si no. El mismo día en que Susan Farr iba a comunicar al consejo de la firma de la suspensión del trabajo, se presentó en la sala un tipo raro, un tal John Day, el cual aseguró que el tendido podía realizarse si perforaban la Montaña Maldita. ¿Se da cuenta, señor Poling? Es una endiablada locura. Milton Rainier, el ingeniero de la Unión de Ferrocarriles de Texas que estudió el terreno de Culver a Galverston, dejó establecido en su informe la imposibilidad de hacer un túnel que atravesase la montaña, debido a que en cuanto se llegase al centro de ésta, se derrumbaría la totalidad del túnel, ya que las rocas no forman un todo compacto.

Rex Poling, palideciendo visiblemente, reveló:

—Usted ignora una cosa, Lund. Yo pagué a Milton Rainier para que emitiese ese informe.

—¡No! —exclamó, asombrado, el abogado.

—Puede estar seguro de ello. Por lo tanto, la perforación de la montaña es completamente posible. Eso quiere decir que nos han ganado de nuevo la mano. Hábleme de ese John Day. ¿Quién es?

Lund, anonadado, se dejó caer en el sillón, contestando:

—Un aventurero que tiene muy poco que perder y, al parecer, mucho que ganar. Por eso se ha atrevido a prestarse para salvar a la Unión.

—Debe ser un tipo audaz y por lo tanto peligroso. ¿Qué sabe él de ferrocarriles?

—Según me ha informado Susan, trabajó en la Union Pacific hace algunos años: tiene con él a dos amigos. Un tal Guy Hutton y Fred Hayes.

—¿Fred Hayes? —Poling se quedó unos instantes pensativo para añadir más tarde—: Sí, no puede ser otro. Ese Hayes es un hombre de larga experiencia. Ha empleado gran parte de su vida en trabajar para varias compañías. ¿Se da cuenta, Lund? No se trata de tres hombres vulgares. Pueden llevar a cabo el tendido y con ello se esfumarían nuestras posibilidades. Tenga en cuenta que lo que se haga en esta comarca tendrá enorme repercusión en todo el Estado de Texas. Si somos nosotros quienes damos término a la línea, nuestro prestigio subirá hasta las nubes y la Unión de Ferrocarriles se hundirá.

—Creo que, de todas formas, no tiene usted motivos para preocuparse, señor Poling —opinó—. Aun contando con que Day, Hayes y Hutton sean tres hombres avispados, es imposible que puedan llegar a Galverston en el tiempo previsto.

—¡No podemos hacer depender el éxito de nuestro negocio de ninguna clase de plazo, señor Lund! ¡Quiero algo más tangible! ¡La plena seguridad de que la Unión jamás llegará a Galverston!

—Si plantea usted las cosas así, puedo darle también garantías de que todo saldrá conforme a sus deseos.

—Usted es abogado, Lund. No me interesan las palabras sino los hechos.

—Se los mostraré. Estoy en contacto con dos hombres que despidió Day hace unos días. Están resentidos y serán capaces de cualquier cosa por vengarse de su antiguo patrón. Bastará que les ofrezca un poco de dinero cuando se les hayan acabado sus ahorros, momento que no tardará en llegar, pues se están dando prisa en desocupar sus bolsillos. Además; cuento con una colaboración mucho más valiosa, con la de un capataz del propio Day.

—De acuerdo, Lund. No necesito saber qué es lo que va a hacer usted. Siempre he preferido ignorar esas cosas, pero le supongo a usted con suficiente juicio para percatarse de que debe actuar en el momento más inesperado.

—Descuide, señor Poling. Sé cómo y cuándo debo asestar el golpe definitivo. ¿Se va a quedar algunos días en Culver City?

—No. Regresaré inmediatamente a San Antonio, pero téngame al corriente de todo.

—Así lo haré.

Poling tendió la mano que el otro estrechó. Luego, el financiero

dio media vuelta y salió del despacho.

Lund se quedó un rato inmóvil y por fin se levantó, cogió el sombrero de una percha y salió de la habitación.

Minutos más tarde penetraba en el despacho desde el que Susan Farr dirigía la Unión de Ferrocarriles de Texas.

—Buenos días, Susan —saludó, sonriendo a la joven—. ¿Sabes que hace una mañana encantadora?

—¿Qué tal, Bob? —replicó, afectuosa, Susan.

—He venido por ti para sacarte de este tugurio. ¿Sabes que tu piel se está volviendo pálida? Esto te pasa por no tomar el sol. Anda, levántate de esa silla y salgamos a dar una vuelta.

—Lo siento, pero no puede ser. Tengo trabajo y muy pronto lo tendrás tú también.

—¿A qué te refieres?

—Day ha contratado a cincuenta trabajadores más. Tendrás que redactar nuevos contratos.

—Había oído algo al respecto, pero no creí permitieras que la Unión enterrase más capital en esa loca empresa. ¿Qué te pasa, Susan? Siempre has demostrado poseer buen juicio en la dirección de la entidad. Por ello, al morir tu padre, declaró con satisfacción que dejaba su negocio en buenas manos.

Susan dio un suspiro. Levantándose, se acercó a la ventana, cuyo visillo cogió entre sus manos mirando al exterior. Entonces replicó:

—No lo sé, Bob. El caso es que, en realidad, ahora es cuando me he enfrentado con el primer problema. Durante el año y medio que llevo asumiendo el cargo de mi padre, no había tropezado con un asunto de tanta envergadura.

—Eres admirable, Susan, la mujer más eficiente que he conocido. Pero creo que esta vez te has dejado llevar de tu impulso. Me dijiste hace poco más de una semana, que el abandonar el tendido a Galverston no significaría una derrota sino un fallo en los cálculos de tus técnicos. ¿Qué culpa tenías tú de ello? Me dijiste que ibas a conseguir del consejo la autorización para el abandono de la línea. Era lo más sensato según tus palabras y yo, aun sintiéndolo, lo hube de reconocer. No se va a acabar el mundo porque la Unión de Ferrocarriles de Texas no pueda realizar el compromiso a que se obligó.

—Todo eso está muy bien, Bob, y me lo he repetido una y otra

vez en el transcurso de noches de insomnio. Pero ese hombre…

—¿Te refieres a John Day?

—Sí.

—¿Cómo puedes haber prestado oídos a un charlatán?

—No es ningún charlatán, Bob.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Qué sabes de él?… No te engañes a ti misma, Susan. ¿Es que vas a confiar tu empresa al primer hombre que se te presente en tu despacho, diciendo?: «Señorita Farr, tengo un buen negocio para usted. Sólo tiene que dejarme la dirección de su firma, confiarme unos cuantos miles de dólares y lo demás corre de mi cuenta».

—Pero John Day no hizo nada de eso, Bob.

—Poco más o menos, lo hizo. ¿Quién manda, si no, hoy día en el campamento? Tú misma, en realidad, no eres nadie, Susan. Ni tú ni cualquiera de los consejeros. Es él, Day, quien da las órdenes y a quien han de obedecer. Dijo que necesitaba cincuenta hombres; vino y los enroló. Supón que necesita cincuenta más mañana, o cien. Tiene plena autorización al respecto, sin restricción de ninguna clase. No me pediste consejo para redactar ese contrato. Me enviasteis una simple copia para que la archivase. ¿No pensaste que me humillabas? Yo soy el abogado de la compañía y, por lo tanto, el encargado de redactar todos los documentos jurídicos. Si me hubieses pedido asesoramiento, jamás hubiera permitido que te burlasen en la forma que ese Day lo ha hecho.

—Nadie me ha burlado, Bob —replicó Susan con cierta irritación. Hizo una pausa, y añadió más suavemente—: Admito que quizá me precipité un poco al conceder poderes especiales al señor Day respecto al personal, pero hasta el presente ha hecho buen uso de ellos. Si el tendido siguiese bordeando la montaña, no habría necesitado los cincuenta obreros más, pero reconozco que le hacen falta para realizar la perforación…

—Ésa es otra cuestión de la que te quería hablar. ¿Te has dado cuenta de la situación en que se encuentra Milton Rainier?… El fue quien informó sobre la imposibilidad de horadar la montaña.

—No he tenido que darle explicaciones. Rainier se despidió inmediatamente que se enteró de que Day se encargaba del tendido.

—¡Santo cielo! ¿Tú lo has permitido?

—Envió una carta presentando su dimisión y cuando le mandé

un empleado para invitarle a que viniese a hablar conmigo, ya había salido de la ciudad sin dejar su nueva dirección.

—No quiero parecer un agorero, Susan. Pero me temo que tu precipitación te ha dejado en manos de un desaprensivo.

—Creo que vas muy lejos en tus suposiciones, Bob.

—Entonces, explícame a qué ha obedecido tu extraña decisión.

—Es algo difícil de explicar. Vi en ese hombre determinación, firme voluntad de hacer lo que decía…

—Pero una persona no se puede fiar de las apariencias, Susan.

—Me acogí a él como el náufrago que en el último instante logra prender con sus dedos el salvavidas. Cuando empezó a hablar, descubrí un extraño brillo en sus ojos. No lo había visto más que en otra persona, mi padre.

—¡Oh, Susan! Eso son tonterías.

—No lo son, Bob. Te lo aseguro. No creas que resulta fácil para mí. Day es orgulloso, insolente, hasta grosero si quieres. Particularmente le odio, pero reconozco que es el único hombre que puede hacer que se inaugure dentro de un mes y medio el ferrocarril de Culver City a Galverston.

—¿Lo odias, realmente, como dices?

Los ojos de la joven relampaguearon mientras replicaba:

—Tanto es así que pasaré un mal rato cuando me digan que ha conseguido finalizar el tendido. Pienso en su sonrisa y me prometo a mí misma que no estaré presente en Galverston para verla. Puedes estar seguro de ello, Bob. Será un triunfo para la Unión, pero, al propio tiempo, unos momentos insoportables para mí. Me hallaré lejos, cuando Day pasee por la calle envanecido.

—Deduzco por tus palabras que estás completamente segura de que Day va a llegar a Galverston.

—Mentiría si te dijese lo contrario. Vuelvo a repetirte que su seguridad fue lo único que me impulsó a confiarle el trabajo.

—¿Y el informe de Rainier? ¿Es que crees que porque Day se ha encargado del tendido, la montaña se ha transformado? Cuando llegue al centro de ella utilizando la dinamita, todo el túnel hecho hasta entonces se hundirá…

Hubo un largo silencio y, finalmente, Susan porfió:

—No sé lo que va a pasar, Bob; pero seguiré confiando en Day, aunque lo odie…

CAPÍTULO VII

Johnny despertó sintiéndose zarandeado. Había estado en vela la noche última ordenando personalmente todos los preparativos al objeto de que la perforación de la montaña se hiciese en el menor tiempo posible. Al abrir los ojos, vio ante él el rostro de su amigo Fred Hayes.

—¿Qué pasa, Fred? —preguntó—. ¿Es que no puede dormir aquí un hombre?

—Creo que vamos a tener pocas oportunidades para ello. Cuando apenas hemos avanzado tres metros en el interior de ese monte, ha sobrevenido el primer accidente. Se han desprendido unas cuantas rocas y tenemos dos heridos graves.

—¿Dónde están los heridos?

—He ordenado que los lleven inmediatamente a Culver City. Pero eso no es lo peor. Los hombres no quieren trabajar.

—¿Por qué?

—Han cogido miedo. ¿Por qué crees que le llaman la Montaña Maldita? Los indios la bautizaron así porque, según ellos, todos los hombres que se atrevían a cruzarla morían de muerte violenta.

—¡Eso es una estúpida superstición!

—¿Me lo dices a mí? Trata de convencerlos a ellos. Querían marcharse enseguida para cobrar lo que se les debe en la oficina de la compañía, pero Guy y tres o cuatro hombres más han sacado los revólveres y los tienen acorralados en la entrada del túnel.

Johnny cogió el cinturón con el «Colt» que había sobre un barril y se lo colocó mientras decía:

—Está bien. Iremos allá.

—Creo que esta vez no lo conseguirás, Johnny. Será mejor que te lo tomes con calma.

—¿Con calma? ¿Sabes una cosa, Fred? —Day hizo una pausa y luego explicó—: Si por la razón que sea, nosotros no llegamos a Galverston, Hutton, tú y yo iremos a parar a la cárcel.

—¿Por qué demonios ha de pasar eso? Hemos firmado un contrato civil. Lo más que nos pueden hacer es pedirnos una indemnización… y somos insolventes.

—La señorita Farr entiende de eso más que nosotros. Ordenó a su abogado que enfocara el asunto como un fraude.

—Le será difícil probarlo.

—Eso es lo que tú crees. Les bastará decir que yo me presenté a la compañía alegando que era ingeniero. ¿Te das cuenta, Fred? Ninguno de nosotros tres tiene el título. Por eso ella se apresuró a confiarnos el trabajo. Tiene siempre las de ganar. O le terminamos el tendido o nos pasarnos unos cuantos años en la cárcel. Es una hábil jugarreta. Sirve para demostrar que su presidencia de la compañía no es pura filfa.

Fred se rascó el cogote, exclamando:

—¡Por todos los infiernos, Johnny! Nos hemos metido en una trampa.

—Eso es lo que también creo y lo más gracioso es que yo mismo puse el cebo. Pero será mejor que no pensemos en eso.

Salieron de la tienda y encamináronse hacia la montaña cercana.

Johnny, sin desenfundar el arma, se detuvo frente a los trabajadores y subió de un salto a unas gruesas rocas que habían extraído de la montaña.

—Fred Hayes me acaba de contar lo ocurrido —gritó fuerte para que su voz pudiese ser oída por todos—. Es muy lamentable, pero esos casos no se pueden evitar tratándose de esta clase de trabajo.

—¡Sí que es evitable! —gritó violentamente, con la faz enrojecida, un hombre robusto que estaba en camiseta.

—¿Sí? ¿De qué forma? —le desafió a contestar Johnny.

—¡Marchándonos de aquí! ¡Dejando en paz la montaña!

—¡Eso es absurdo! Si tal cosa se hubiese hecho cada vez que ha sobrevenido un accidente de trabajo, hoy día en los Estados Unidos estaría por tender la primera línea de ferrocarril. ¡Y vosotros lo sabéis! Guy Hutton, Fred Hayes y yo hemos trabajo en la Union Pacific. Docenas de hombres murieron antes de que el tendido fuese finalizado. Podéis estar seguros de que en ningún momento, por

muchas penalidades que se pasaron, nadie habló de abandonar la tarea impuesta. ¿Es que aquellos hombres estaban hechos de distinto barro que vosotros?

—¡La Union Pacific nunca encontró en su camino una montaña maldita! —chilló su opositor.

—¿Montaña maldita? ¿Qué es eso? —Day extendió el brazo, señalando la enorme mole que tenía delante—: ¡Miradla bien! Es una montaña como otra cualquiera. ¿Qué tiene de particular? ¿Quiénes la llamaron así? Los indios. Seres con extrañas creencias, que no han salido de su primitivismo en el transcurso de varios siglos. Si creéis que esa montaña está maldita porque ellos lo dijeron, también debéis creer todas sus demás ideas. Habéis de creer sus pensamientos sobre los muertos, en sus ritos… ¿No es absurdo eso? ¿Qué persona con sentido común va a creer semejantes patrañas? No, amigos. Esta montaña no está maldita, porque no hay ninguna montaña que lo esté en la faz de la tierra. Todas son dóciles a la mano del hombre. Es inanimada y dura, pero obediente cuando los seres que poseen voluntad pretenden abrirse paso a través de ella.

Las convincentes palabras de Day hicieron mella en aquellos hombres siempre prestos a dejarse influenciar por el último que hablase, y en esta ocasión fue Johnny Day, puesto que el único obrero que se había permitido replicarle, guardaba ya silencio.

—Escuchadme bien todos —continuó golpeando en caliente Day —. No podemos permitirnos el lujo de perder tiempo. He contratado más hombres a fin de que ninguno haga más de lo que debe. Se ha mejorado en lo posible la comida. Habéis tenido oportunidad de comprobar, en los días que lleváis aquí, que se os da un trato humano. Yo ahora confío en que vosotros responderéis a mis desvelos. Agujerearemos la montaña y cuando estemos a la otra parte os reiréis de cuantas leyendas hayáis podido oír respecto a ella… ¡A trabajar, muchachos!

Instantáneamente, los hombres se pusieron en movimiento, reanudando cada uno la tarea que había interrumpido. Fred Hayes sacó del bolsillo un grueso trozo de tabaco y le pegó un mordisco, mientras decía:

—¿Por qué infiernos no te has dedicado a la política? Tu puesto está en el Congreso de los Estados Unidos.

Johnny sonrió.
—Me pasa lo mismo que a ti, viejo. ¿No has dicho que el ferrocarril es algo que envenena la sangre?
—Tienes razón, Johnny. Yo no puedo ver eso así. ¿Te pasa a ti lo mismo? Cuando pongo mis ojos en la vía me imagino una de mis propias venas cortada. Siempre que he trabajado en un tendido me ha pasado lo mismo. Esa vía es como una arteria que ha de llegar a un corazón. Y en este caso, el corazón es Galverston.
Guy se acercó a ellos.
—Eh, Johnny —dijo—, si no tomas las medidas oportunas, mañana tendrás que suspender el trabajo.
—¿Qué es lo que ocurre ahora?
—He enviado dos mensajeros a Culver City. El último de ellos ha regresado con la noticia de que la dinamita aún no ha llegado a la ciudad. Le han dicho en la compañía que tardará todavía unos tres o cuatro días en ser recibida de San Antonio.
—No podemos esperar tanto con los brazos cruzados. Necesitamos dinamita para mañana a primera hora.
—¿Y qué quieres que haga yo?
Johnny chasqueó la lengua y entrecerró los ojos mientras miraba fijamente a un punto del horizonte aquel en cuya dirección se encontraba Culver City.
—No me inquieta tanto lo que ocurre aquí como lo que se pueda estar tramando en la ciudad —murmuró.
—¿A qué te refieres, Johnny? —preguntó Fred.
—Todavía no lo sé y no me gusta hablar por hablar. Iré yo mismo a Culver City. He de solucionar esto de una vez o de lo contrario quedará paralizado el trabajo.
Hora y media más tarde, Johnny penetraba en las oficinas de la Unión de Ferrocarriles, pero allí le dijeron que Susan Farr hacía rato se había marchado a su casa. Preguntó el lugar en que se encontraba ésta y le dijeron que se dirigiese a la parte sur del pueblo.
La mansión de los Farr hubiese estado más en consonancia en cualquier ciudad de Georgia, Carolina o Alabama que en Culver City. Era una construcción completamente sudista, con su pórtico de grandes columnas blancas, su gran escalinata de mármol y la ancha entrada. Hasta el criado negro que abrió la puerta a Johnny parecía

trasplantado de aquellas tierras arrasadas por una guerra civil. Day manifestó sus deseos de ver a la señorita Farr y el criado le hizo pasar a un vestíbulo, marchando a avisar a su dueña. Poco después regresaba, rogándole que le acompañase.

Susan se encontraba sentada en un sillón junto a un gran ventanal, teniendo entre las manos un libro cuya lectura había suspendido.

—Buenas tardes, señorita Farr —saludó Johnny.

La joven le contestó con voz glacial:

—Supongo que no viene aquí para decirme que va a contratar otros cincuenta hombres.

—Si hubiese tenido necesidad de ello no habría venido a decírselo. Simplemente, los hubiera tomado.

Susan se levantó bruscamente y era tal la ira que la invadía que el libro rodó de sus dedos y cayó al suelo.

—No he conocido en mi vida a un hombre peor educado que usted, señor Day.

—Quizá haya sido porque siempre ha vivido rodeada de aduladores. Pero no he venido a visitarla para discutir sobre educación.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió ella con acritud.

—Esta mañana enviamos a un hombre a la oficina para hacerse cargo de la dinamita que necesitamos. Se le ha dicho que ésta no ha llegado todavía a Culver City y que tardará en llegar varios días.

—¡Es cierto!

—Necesito la dinamita para mañana.

—¡Pues tendrá que esperar! Por sus palabras parece que tenga usted más interés que yo en acabar el ferrocarril. Le recuerdo que yo soy el presidente de la firma.

—Lo tengo bien presente, señorita Farr. Buena prueba de ello es que cuando me dirijo a usted, me refiero siempre a cuestiones de mi competencia. Y yo requiero el explosivo.

—Y yo le repito que no lo tenemos. Sabe que antes de que usted viniese no era necesario perforar la montaña.

—¿Sabe si hay nitroglicerina en Culver City?

—Creo que la compañía de química de Ben Haycoux, tiene alguna existencia, pero la cantidad no debe ser muy importante.

—Al menos, nos servirá mientras llega la dinamita de San

Antonio.

—¿Quiere decir que la va a fabricar usted mismo?

—Sólo se necesita nitroglicerina y un cuerpo poroso. Lo demás, es cuenta de Fred Hayes.

—Es usted rápido adoptando decisiones, señor Day.

—Las circunstancias me obligan a ello. No quisiera pasar unos cuantos años de mi vida en la cárcel.

Susan enrojeció súbitamente. Tras una larga pausa, preguntó:

—¿Se marcha ya, señor Day?

—No me queda nada que hacer aquí.

Johnny se adelantó hacia donde ella se encontraba, la miró unos instantes y de pronto se agachó; al erguirse, dijo:

—Su libro, señorita Farr.

Susan cogió el libro y él inmediatamente giró sobre sus talones, cruzó la estancia y ganó la salida.

CAPÍTULO VIII

Fred Hayes y Guy Hutton se encontraban a la entrada de la tienda contemplando el torrente de agua que el cielo enviaba sobre la tierra de Texas. Todo había sobrevenido casi de repente. Por la mañana, al salir el sol, tan sólo algunas nubes turbaron el inmenso azul, pero conforme el día fue transcurriendo, empezó a soplar una brisa suave del Nordeste, la cual trajo poco después ominosas nubes negras que oscurecieron el sol. Por la tarde comenzó a llover. Fue como si la mano de un gigante hubiese rajado el vientre de las nubes dejando caer de una sola vez toda el agua que almacenaban. Otras nubes sustituyeron a las primeras y el diluvio prosiguió como una nueva condena bíblica.

A través de la cortina de agua vieron llegar un jinete. Era Johnny Day, el cual se había marchado en la tarde anterior a Galverston, a fin de inspeccionar el terreno sobre el que se haría el último tramo del tendido, una vez que hubiesen dejado a sus espaldas la Montaña Maldita.

El túnel estaba llegando al centro de la montaña y Johnny consideró preciso hacer aquel viaje al objeto de saber a qué atenerse para aprovechar los días que le restaban del contrato. Faltaban tan sólo tres semanas y media.

Johnny saltó de la silla y corrió a refugiarse en la tienda, aun cuando ya estaba empapado.

—Elegiste un mal día para hacer el viaje —dijo Fred.

Johnny se sacudió los brazos y quitóse el sombrero, del cual cayó un chorro de agua.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó.

—Ya lo ves. Hace hora y media que empezó a llover y estamos esperando a que termine.

El joven dirigió una mirada al encapotado cielo y luego replicó:

—Al parecer, no acabarán las complicaciones. Me da en la nariz que si aquí llueve, lo hace con ganas. No podemos cruzar los brazos, a la espera de que caiga la última gota.

—¿Qué quieres? —rezongó Hutton—. Se nos olvidó pedir a la Unión de Ferrocarriles un par de centenares de salvavidas.

—¿Dónde están los hombres?

—En las tiendas, naturalmente.

—Pues tendrán que salir a trabajar.

—¿Has perdido el juicio, Johnny? —inquirió Fred, frunciendo el entrecejo—. No estarás hablando en serio.

Day vio a un hombre que corría de una tienda a otra y le llamó.

—¡Eh, Carpenter!

El aludido, uno de los capataces de la empresa, acudió a la tienda.

—Buenas tardes, señor Day.

—Es usted de aquí, ¿verdad, Carpenter?

—Sí, señor, de La Rinconada, un pueblecito a unas treinta millas de San Antonio.

—Conoce entonces bien esta región. ¿Qué pasa aquí cuando llueve?

—No es difícil pronosticarlo. A veces se pasa un año entero sin llover, pero si cae una gota puede estar seguro de que cae un millón tras ella.

—¿Cuánto cree que va a durar esto?

—Con un poco de suerte, unos tres o cuatro días.

Johnny dirigió una mirada a sus amigos.

—Ya lo habéis oído, muchachos. ¿Qué decís ahora?

Guy emitió un gruñido y Hayes se encogió de hombros dejando, como siempre, la decisión en manos de Day, el cual meneó la cabeza y preguntó a Carpenter:

—¿Tenemos impermeables en el campamento?

—He visto apilados en la tienda de intendencia unos veinte o treinta.

—De acuerdo. Escoja a los treinta mejores hombres con que contemos, que se embutan en un impermeable cada uno y se pongan a trabajar en el túnel. Estableceremos turnos de tres horas.

—Sí, señor. Pero debo hacerle una advertencia.

—¿Qué es ello?

—He estado un rato en la boca del túnel cuando empezaba a llover. No me extrañaría que se anegase. Si el agua sigue cayendo con esta fuerza, la montaña no podrá tragarla toda y bajará por las vertientes.

—Está bien, Carpenter. Gracias por el aviso. Mis dos socios y yo iremos ahora mismo a ponernos también los impermeables. Yo me ocuparé, con quince hombres, de que no entre el agua en el túnel.

Veinte minutos más tarde, Carpenter había seleccionado los hombres. Johnny escogió quince de ellos y los llevó con picos y palas a las laderas de la montaña.

Los cálculos de Carpenter resultaron exactos. El agua va corría en impetuosos torrentes, arrastrando la tierra más blanda y formando tortuosos lechos.

Johnny examinó el terreno y señaló el lugar donde debían trabajar. Los obreros no regatearon esfuerzo alguno. Trabajaron para conseguir que el agua se desviase, antes de llegar a la entrada del túnel, soportando estoicamente el temporal. Tras una hora de denodada tarea, consiguieron su objetivo y Johnny, que se había empleado a fondo como uno más, lanzó un suspiro de satisfacción viendo que el túnel se había salvado de la catástrofe.

Inmediatamente dispuso que se estableciesen turnos para sustituir a los hombres que habían de horadar la montaña, colocar los cartuchos de dinamita y retirar las piedras y las rocas que se fueron desprendiendo. De regreso a la tienda donde se alojaban los tres amigos, Hutton puso a calentar un poco de café. Se cambiaron de ropa y, cuando bebían la reconfortante infusión, Johnny anunció:

—Ahora he de ir a Culver City. Pero regresaré esta misma noche.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó Fred.

—Voy a conseguir todos los impermeables que necesitamos aunque para ello tenga que asaltar las casas de los vecinos. Al propio tiempo, avisaré a la señorita Farr para que ordene lleven los materiales a la otra parte de la montaña. Han de estar allí dentro de una semana y estoy seguro de que, como ocurrió con la dinamita, habrá necesidad de pedirla a San Antonio. Ellos creían que el tendido ya no se hacía y no se han dado prisa en traer las traviesas

y los rieles.

Media hora más tarde, Johnny conducía un coche camino de Culver City.

Al llegar ante la casa de Susan Farr observó que todas las ventanas del piso bajo estaban iluminadas. Entró en el jardín y vio numerosos coches bajo un cobertizo. Condujo allí el suyo y luego saltó del pescante corriendo hacia la entrada del edificio para refugiarse de la lluvia. Llamó a la puerta y cuando le abrió el mismo negro de la vez anterior, llegaron a sus oídos unas notas musicales.

—Buenas noches, Tom —saludó Day—. ¿Quieres avisar a la señorita Farr que estoy aquí?

—En seguida, señor Day. ¿Quiere hacer el favor de pasar?

Johnny esperó en el vestíbulo y, al cabo de un rato, apareció Susan cubriéndose con un vaporoso vestido color rosa, muy escotado, que realzaba prodigiosamente su hermosura.

—Siento interrumpir su fiesta, señorita Farr.

Susan enarcó las cejas cuando se detuvo junto al joven.

—¿De qué se trata ahora, señor Day?

—Tendremos que soportar este temporal de agua durante varios días.

—Es una lástima que también el destino se haya puesto contra usted, pero desgraciadamente no está en mi mano ordenar que cese la lluvia.

—Pero puede que sea de su incumbencia el proveernos de los impermeables que necesitamos para continuar trabajando.

—De acuerdo, señor Day —replicó—. Mañana ordenaré que les lleven los impermeables.

—Si le es igual, señorita Farr, preferiría llevármelos conmigo ahora mismo, al objeto de que mis hombres puedan reanudar mañana el trabajo con toda normalidad. He traído un carro al efecto.

—Piensa en todo, ¿verdad, señor Day?

—Es mi obligación. Respecto a ello, tengo todavía algo más que pedirle. Ayer tarde y esta mañana he estado recorriendo el terreno que existe entre la Montaña Maldita y Galverston. Es liso como la palma de la mano y creo que nuestros equipos podrán hacer el tendido en un par de semanas, una vez hayamos terminado con el túnel. A fin de no perder tiempo, es necesario que se estacione el

material a todo lo largo del último tramo.

—No se preocupe por ello, señor Day. Lo tendrá todo como quiere.

—Pensé que las traviesas y los rieles podrían estar en San Antonio.

—Ha ido demasiado lejos en sus suposiciones. Ese material está en nuestros almacenes.

—Celebro oírselo decir. Es un gran peso que me quita de encima.

En aquel instante una voz interrumpió el diálogo.

—Perdona, Susan, pero no quiero se te olvide que éste es nuestro baile.

La joven se volvió:

—Oh, Bob. En seguida estoy contigo. ¿No se conocen ustedes?

Robert Lund, que vestía un traje «Príncipe Alberto» de impecable corte, miró con curiosidad al hombre que llevaba puesto el chorreante impermeable.

—Éste es Johnny Day —hizo las presentaciones Susan—. Señor Day, le presento a nuestro abogado Robert Lund.

El letrado dio unos pasos hacia Johnny, tendiéndole la mano.

—No sabe cuánto me alegro de conocerle, señor Day. Es usted el hombre del día en Culver City.

—Yo también celebro conocerle a usted. —Johnny hizo una pausa y, mirando a Susan, dijo—: Ahora tengo que retirarme.

—Oh, no se puede ir —objetó Lund—. ¿Es que no se lo has dicho, Susan? ¿No lo sabe usted, Day?

—¿El qué?

—Estamos celebrando el cumpleaños de Susan.

Johnny fijó sus ojos en los de la hermosa muchacha y murmuró:

—Felicidades, señorita Farr.

—Gracias, señor Day. ¿Quiere quedarse?

Johnny iba a dar una respuesta negativa, pero Lund le palmeó la espalda, diciendo:

—Claro que se queda. Hoy debe reinar armonía entre todos los que componemos la gran familia de la Unión de Ferrocarriles de Texas; ¿no le parece, señor Day?

—Creo que no estoy nada presentable —arguyó John.

—Oh, no tiene que preocuparse por ello —replicó el abogado—.

Al fin y al cabo, no se trata de una fiesta de etiqueta. ¿Verdad, Susan?

—Claro que no —murmuró ella.

Johnny se quitó entonces el impermeable y el criado se adelantó para cogerlo.

Los dos hombres flanquearon a la muchacha y juntos se dirigieron al salón donde se encontraban todos los invitados. Susan fue presentando a Johnny. Éste vio algunas caras conocidas. Eran los hombres que acompañaban a Susan el día que irrumpió en la sala del Consejo de la Sociedad.

—Coma algo, señor Day —invitó Lund, terminado el protocolo —. Susan me había prometido el baile que acaba de terminar, pero ahora voy a desquitarme. ¿No le importa quedarse solo? Además, puede dirigirse a cualquiera. Todos están deseando oír sus palabras.

Johnny pasó de largo por delante de la mesa en que había gran número de bandejas conteniendo bocadillos y dulces, y acercóse a la destinada a bebida. Cogió una botella y un vaso y se escanció *whisky*.

Transcurrieron quince minutos y empezó a arrepentirse de haber aceptado la invitación. Los convencionalismos sociales que observaba entre aquellas personas le aburrían. Estaba dispuesto a marcharse, cuando Lund y Susan volvieron a su lado.

—¿Qué tal lo pasa, señor Day? —preguntó el abogado.

—Muy bien, pero tengo que marcharme. No puedo estar aquí más tiempo.

—¿Sin bailar con la dueña de la casa?

Las impertinentes palabras de Lund hicieron a Johnny mirar a los ojos de la joven. Entonces interrogó:

—¿Me permite el honor de bailar con usted, señorita Farr?

Susan no quiso dar crédito a lo que acababa de oír. Era la primera frase galante que salía de los labios de aquel hombre de hierro y la había pronunciado con naturalidad, sin forzar una sola sílaba. Se dio cuenta de que él estaba esperando una respuesta y respondió atropelladamente:

—Desde luego que sí, señor Day. No tengo ningún inconveniente.

Le ofreció su cintura y él la abarcó dejándose llevar ambos por el ritmo del vals que interpretaban los cuatro músicos que

componían la orquesta.

El aire que respiraban juntos parecía estar electrizado. Ninguno de los dos se atrevía a romper el silencio. Hasta que por fin ella, después de humedecerse los labios con la punta de la lengua, comentó:

—Baila usted muy bien, señor Day.

El sonrió de aquella manera que ella odiaba, respondiendo:

—Me toma el pelo, ¿verdad, señorita Farr?

—De ninguna manera —contestó ella con voz opaca—. Estamos hablando en serio.

—Pues entonces le diré que bailar con usted es muy fácil. Se deja llevar como una pluma.

Las mejillas de Susan se tiñeron de rojo y de nuevo se hizo el silencio entre los dos. Transcurrieron unos cuantos segundos y entonces fue él quien esta vez dijo:

—¿Es su prometido?

La súbita pregunta hizo estremecer a la mujer.

—¿Quién, señor Day?

—Me refiero a Robert Lund.

—No, no lo es…

Los músicos acabaron de interpretar la pieza y un criado se acercó a los jóvenes.

—Señorita Farr —declaró—. Acaba de llegar el señor Poling.

—Oh, sí —murmuró ella—. Perdóneme unos instantes, señor Day.

Johnny inclinó ligeramente la cabeza y la mujer salió de la habitación.

Day vio sólo a Lund, bebiendo un vaso de *whisky*, y se aproximó a él.

—¿Cómo va el trabajo por allá, señor Day?

—Perfectamente.

—Es un verdadero milagro el que está haciendo usted. Hace tres meses, nadie se hubiera atrevido a apostar a su favor.

—¿Y ahora? ¿Hay alguien que lo haga?

—Yo no tendría ningún inconveniente en apostar a favor suyo, señor Day.

—Gracias, señor Lund, por la fe que le merezco.

Susan Farr penetró en el salón del brazo de Rex Poling.

Cambiaron algunos saludos con los invitados y encamináronse hacia el lugar en que se encontraban Lund y Day.

—¿Qué tal, Lund? —saludó el recién llegado, estrechando la mano del abogado.

Susan presentó nuevamente a Johnny. Al oír el nombre de Day, Poling enarcó las cejas, contemplando con interés al joven.

—¿Así que usted es John Day?… Su nombre va de boca en boca en San Antonio y puedo asegurar que se le dedican los mayores elogios.

A Johnny no le gustaba el giro que había tomado la conversación. Rehuía todo aquello que a otro cualquiera, en su lugar, hubiera halagado.

—Según parece —siguió diciendo Poling— va a terminar usted el tendido a Galverston en el tiempo previsto.

—Es prematuro asegurarlo —respondió Johnny—. Queda mucho trabajo todavía. Lo siento pero no puedo permanecer más tiempo aquí. He de regresar al campamento inmediatamente.

—Le acompañaré a la puerta —indicó Susan.

Day estrechó otra vez la mano de Lund y de Poling, luego se puso en marcha junto a Susan hacia el vestíbulo. Llegados allí, el criado sostuvo el impermeable de Johnny para que éste se lo pusiera.

—Gracias por la invitación, señorita Farr —murmuró Day.

—No tiene por qué darlas. —Susan hizo una pausa y de súbito inquirió—: ¿Puedo hacerle una pregunta, señor Day?

—Hágala.

—¿Qué interés tiene usted en la realización del tendido? No consigo adivinarlo después de que usted renunció a la prima de dos mil dólares en favor de los obreros.

—Hay otros fines que uno persigue con tanto afán como si se tratase de dinero. Adiós, señorita Farr.

El criado abrió la puerta y Johnny salió al exterior, siendo tragado por la oscuridad. En los oídos de Susan repiqueteó el ruido producido por la lluvia y aún pudo percibir el chapoteo de los pies de Day antes de que el criado cerrase.

Permaneció un rato inmóvil y, finalmente, se volvió regresando al salón. La esposa de William Kelly, uno de los consejeros de la sociedad, la llamó e incorporóse al grupo de las invitadas.

Poling y Lund fumaban y bebían.

—Puede hablar —dijo el primero—. Susan tardará un rato en estar con nosotros. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Ese hombre es un verdadero demonio —repuso Robert. Y sus labios se contrajeron en un gesto de ira.

—Paparruchas. Es un hombre como todos los demás.

—Nadie se hubiese atrevido a lo que él, y lo conseguiría de no estar nosotros por medio. Pasado mañana todo terminará para Day.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Lund?

—Quedamos en que usted no necesitaba saberlo, en que le importaban tan sólo los resultados. Pero ya puede dar por seguro que Johnny Day es hombre perdido.

—Si quiereˆ que le diga la verdad, no confío demasiado en el éxito de sus gestiones después que he conocido a ese Day.

—¿Por qué? —preguntó, irritado, Robert—. ¿Es que también usted ha descubierto un brillo extraño en sus ojos?

—Vamos, no se enfade porque Susan sienta admiración por ese hombre. De eso ya he podido darme cuenta.

—Sepa que ella le odia.

Poling soltó una risita.

—¿Se lo ha dicho ella?

—Así ha sido. ¿Es que no lo cree?

Poling se encogió de hombros, respondiendo:

—Yo de usted me apresuraría a pedir a Susan que se casara conmigo. Es una cosa que no acierto a comprender. ¿Por qué no lo ha hecho ya, Bob?

—Me disponía a hacerlo cuando murió su padre. Al quedar ella al frente de la empresa, me di cuenta de que era un mal momento. Susan poseía una gran válvula de escape. Imaginé que después de dos o tres años al frente de la sociedad podría con toda tranquilidad hacerla mi esposa.

—Pues ahora debe darse prisa para recuperar el tiempo perdido.

—¿Piensa acaso que Day es un rival?

—Lo único que puedo decirle es que ese Day es de los hombres que consiguen lo que se proponen si no se cruza en su camino otra voluntad más fuerte que la suya.

—Pues esta vez la ha encontrado.

Poling guardó silencio, mientras aplastaba el cigarrillo en el

cenicero.
—Es usted poco convincente, Bob.
El abogado dio un respingo.
—¿Qué quiere decir, Poling?
—Que tal como están las cosas, es necesario que intervenga yo en el asunto.
—Ya le he dicho que todavía no he jugado mi última carta. Eso ocurrirá pasado mañana.
—Está bien. Voy a dejar la iniciativa a usted, pero sólo durante estas cuarenta y ocho horas. Si usted fracasa, seré yo quien acabe con nuestro querido amigo Day.
—¿Puede decirme de qué modo lo iba a conseguir? Yo soy más curioso que usted.
—Es más sencillo de lo que parece. Y habría sido altamente beneficioso para nosotros si desde el principio me hubiera dejado llevar de mi impulso. Se trata de Jack Ringo.
—¿El pistolero?
—Sí, hace unos días llegó a San Antonio. Está requerido por tres o cuatro estados, pero se las ha arreglado para escapar. Naturalmente, en San Antonio tiene que andarse con cuidado, pero mis agentes me comunicaron su llegada y no me será difícil ponerme en contacto con él. Esperaré, como le he dicho, los informes de usted sobre esa maquinación que va a poner en práctica pasado mañana. Pero si falla, Jack Ringo hará una visita a Culver City.
—No será necesario —insistió Lund—. Day morirá sin necesidad de que Ringo gaste una sola bala de su revólver.
—Lo celebraré por usted, ya que hasta el presente ha de reconocer que no me ha prestado un solo servicio que haya valido la pena. Y si mal no recuerdo, lleva cobrados de nuestra firma unos cuantos centenares de dólares.
Lund balbució un poco cohibido:
—Ahora le demostraré que sus desembolsos no han sido infructuosos.
—Cuidado. Ahí viene Susan.
Ella se acercó sonriente.
—¿De qué se murmura, caballeros? —preguntó.
Poling replicó, mirando fijamente a los ojos de la muchacha:

—Le estaba diciendo a nuestro común amigo Bob que el señor Day es un hombre que posee gran personalidad. ¿No le parece a usted, Susan?

Ella observó a los dos hombres y tras unos instantes de vacilación dijo, eludiendo la respuesta:

—Es usted el único caballero que no ha bailado conmigo esta noche, señor Poling. ¿Qué le parece esta polca?

—Encantado, Susan —contestó Poling. Y se alejó bailando con la joven.

Robert Lund siguió a ésta con la mirada, mientras en su cerebro nacían torvos pensamientos.

CAPÍTULO IX

Había dejado de llover torrencialmente después de las cuarenta y ocho horas, y ahora caía un agua fina y menuda. Johnny dormía en el jergón de su tienda. De vez en cuando se despertaba al oír las explosiones de la dinamita, pero volvía a conciliar el sueño porque estaba muy cansado.

Había dado orden de que no le molestase nadie, y por ello creyó en un principio que la voz que lo llamaba formaba parte de su sueño.

—Eh, señor Day.

Estaba tumbado de cara a la lona de la tienda y se volvió restregándose los ojos.

No, no se trataba de ningún sueño. Lube Greyson, el capataz, estaba allí, tapando el hueco de la puerta con su recio cuerpo.

—¿Qué quiere, Greyson?

—Debería ir usted a echar un vistazo al túnel.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Al sobrevenir la última explosión, se desprendieron unas rocas y empezó a brotar agua por el hueco.

Johnny se lavó la cara y, después de secarse, se volvió al capataz, preguntando:

—¿Cree que se trata de un manantial?

—No lo sé.

—Bueno. Probablemente será agua procedente de las filtraciones de la lluvia.

—Será mejor que lo vea —insistió Greyson—. He dicho a los hombres que se estén quietos hasta que usted vaya allá.

Johnny se puso el impermeable y salió con el capataz.

Habían tendido provisionalmente unos rieles por donde

circulaban las vagonetas que sacaban del interior las rocas arrancadas a la montaña. Subieron a una y un obrero los empujó. Una vez dentro del túnel, la vagoneta se deslizó sola porque habían construido las dos vías, la de entrada y la de salida, con una suave pendiente a donde estaba el ancho agujero y saltaron a tierra. Johnny vio a unos cuantos obreros que trabajaban llenando los vagones de piedras.

—¿Dónde es? —preguntó a Greyson.

El aludido señaló con un dedo el extremo superior de la ancha gruta iluminada por grandes antorchas.

Day pudo ver que, efectivamente, el agua se filtraba por los intersticios de las rocas, fluyendo hacia la parte inferior.

—Subiré un momento para verlo —dijo Johnny.

Empezó a trepar pasando junto a los obreros, palmeando a algunos la espalda, preguntando qué tal iba el trabajo. Una vez arriba, quitó las piedras más fáciles de desprender y calculó la importancia que tendría la filtración. Tras un minucioso examen, llegó a la conclusión de que el agua se filtraba después de caer en la parte superior de la montaña y dio un suspiro de alivio. La cosa tenía fácil arreglo. Volvióse para decírselo a Greyson, pero no lo vio en el sitio en que lo había dejado. Entonces empezó a descender. Un hombre le preguntó:

—¿Cree que falta mucho todavía, señor Day?

—Cinco días más y saldremos a la superficie —contestó él con una sonrisa.

—Tengo ganas de respirar al aire libre —manifestó el obrero—. El otro día vino a verme mi mujer con los chicos y me encontró muy pálido. En cuanto salgamos trabajaré a torso descubierto. Quiero broncearme bien. Es el color que más le gusta a ella.

—Claro que sí, muchacho.

Por la vía descendente llegó un vagón y Guy saltó a él.

—Eh, Johnny, te estaba buscando.

—¿Para qué?

—La señorita Farr ha enviado un mensaje diciendo que los materiales han quedado dispuestos a todo lo largo de la montaña, hasta Galverston.

—Eso está bien. Podremos acelerar el trabajo. Quiero llegar al final un día antes de que expire el contrato.

—Yo me conformaría con que llegásemos un minuto antes de que termine el plazo. —Guy hizo una pausa y añadió—: Por cierto que Fred te necesita para preguntarte algo.

—Está bien —dijo Johnny—. ¿Quieres quedarte, Guy? No veo a Greyson y vino conmigo hace un rato. Ha debido de sentirse mal de repente. Hasta luego, Guy.

Johnny subió a una vagoneta descendente que estaba cargada y uno de los obreros la empujó.

Segundos más tarde, viajaba solo a través del agujero hacia la salida. Hacía frío y sintió un ligero estremecimiento. Escuchó algo así como un chisporroteo. Buscó con la mirada a su alrededor y justo a su izquierda vio algo que brillaba en la oscuridad. Se irguió para saltar del vagón, pero ya había pasado unas yardas. De pronto, sobrevino una terrible explosión y creyó que la montaña se venía abajo.

Vio cómo se desprendían con violencia las rocas de la pared y entrechocaban, cayendo sobre la vía que dejaba atrás. La vagoneta que le llevaba, crujió, y salió lanzada de los rieles.

Day saltó encogido en el aire, sabiendo que sólo tenía una posibilidad entre mil de salvarse. Cayó en el suelo, pero siguió rodando, impulsándose él mismo, porque sobre él se precipitaban ahora las rocas. El tremendo esfuerzo agotó el oxígeno de sus pulmones. Escuchó el golpeteo de su corazón y los latidos de sus sienes, y pensó que se ahogaba. Al fin decidió que no valía la pena seguir luchando y quedó inmóvil, escuchando a sus espaldas el estruendo de la montaña.

Poco a poco los ruidos se fueron apagando. El aire se llenó de un polvo que amenazaba asfixiarlo. Se puso en pie y tosiendo, trastabillando, echó a andar hacia la salida. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando pretendió taladrar la oscuridad. Oyó voces a lo lejos y, sobre ellas, pudo distinguir claramente la de Fred que lanzaba una maldición. Al fin vio luz y unos brazos le cogieron.

—Aquí hay uno —oyó que decían a su lado—. Está herido.

Por primera vez se dio cuenta de que algo frío le corría por la frente. No podía ser otra cosa que sangre. Se apoyó en el hombre que lo sostenía, mientras de la parte exterior del túnel llegaban más obreros.

Fred Hayes le miró con ojos desorbitados:

—Johnny, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Todos los hombres del campamento habían acudido a la boca de entrada, muchos de ellos sin impermeable, soportando la lluvia, con los rostros chorreando agua y demudados por el terror.

—Han quedado dentro Guy y veinte hombres —respondió Johnny—. Hay que trabajar, muchachos. ¿Qué estáis esperando? ¡Por todos los infiernos! ¡Empezad a moveros! ¡Rápido!

Jamás en ningún momento anterior de su vida había sentido tal ira en el pecho. Oyó que uno murmuraba:

—No sé para qué hemos de molestarnos. Los de ahí dentro deben de haber quedado hechos papilla.

—¡Repite eso y seré yo el que te haga papilla a ti! —gritó Day—. ¡A trabajar!

Levantó la mirada y vio a Greyson en el comienzo de la ladera. El capataz estaba pálido.

Fred Hayes dijo:

—Anda, Johnny. Ven conmigo, te curaré.

Hayes había cogido al joven por un brazo y de pronto éste dio un brusco tirón y se desasió. Sus ojos permanecieron fijos en los de Greyson. Echó a andar, dirigiéndose hacia donde se encontraba el corpulento capataz.

—¿Por qué abandonó el túnel, Greyson?

—Tenía que preparar los cartuchos de dinamita que debíamos emplear media hora más tarde.

—¿Por qué no mandó a un hombre por ellos? Su puesto estaba dentro.

—Pensé que ya que usted estaba allí, yo podía salir personalmente a hacerlo. Después de todo, era cuestión de un par de minutos tan sólo.

Hubo un silencio entre los dos hombres. Johnny meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Greyson. No ha logrado usted totalmente lo que pretendía.

El capataz tragó saliva.

—¿Qué quiere decir, Day?

—Yo era el que debía haber quedado enterrado ahí, bajo las rocas, en lugar de esos hombres, ¿verdad, Greyson?

—No sé de qué me está hablando.

—Lo sabe perfectamente. Usted lo preparó todo y me llevó allí con una excusa. Si no hubiese habido lo del agua habría inventado otra cosa. Lo importante era que yo fuese allí. Luego usted se volvió y encendió la mecha. La tenía escondida entre las rocas y puso suficiente para que le permitiera escapar.

—Se ha vuelto loco, Day —replicó el capataz con voz no muy firme—. Es tal su obsesión por construir el tendido que no sabe lo que dice.

—No, Greyson. Aquí no hay ninguna obsesión. Ha cometido el crimen más monstruoso. No ha vacilado en echar abajo la montaña, sabiendo que veinte hombres estaban dentro, trabajando. He conocido bichos repugnantes, sin entrañas, sin corazón, pero usted es el peor de todos.

Hayes se había ido acercando a su amigo por detrás y Greyson lo miró, buscando un apoyo.

—¿Lo está oyendo, señor Hayes? El golpe que ha recibido en la cabeza le ha trastornado.

Pero si esperaba que Fred hiciese algo por él, se equivocó. El viejo luchador entrecerró los ojos, escrutando el rostro del capataz.

—Aún no he terminado, Greyson —dijo Johnny—. Usted no ha obrado por su propia cuenta. Le han pagado por su crimen y ahora me va a decir quién se esconde tras usted.

Greyson se ponía cada vez más nervioso.

—Le aseguro que se equivoca. Eso es lo que le pasa. Cree ver un enemigo en cada hombre que le rodea.

—Debí despedirle cuando nos encargaron del tendido, pero ya que no lo hice y le di ocasión para asesinar a sus propios compañeros, va a decirme quién es el que le ha encargado hacer esto.

Los ojos de Johnny brillaban febrilmente. Greyson se quedó unos instantes en suspenso. Después dirigió una mirada a sus espaldas y de repente echó a correr, subiendo por la ladera de la montaña. Day salió detrás de él, gritando:

—¡No conseguirás escapar!

Los hombres que se encontraban en la parte inferior, interrumpieron el trabajo de salvamento para presenciar la caza.

Greyson ascendía por la pendiente, resbalando sobre la tierra mojada, enderezándose; Johnny le iba a la zaga, a pesar de que el

accidente sufrido había mermado sus energías. Greyson llegó a lo alto de la boca del túnel y vaciló unos instantes, sin saber hacia dónde dirigirse. Fueron suficientes para que Day le diera alcance, y le golpease con el puño en el estómago.

El asesino boqueó y desplomóse en el suelo, sobre las rodillas.

—¡Dime quién ha sido, asqueroso reptil! —conminó Johnny, cada vez más fuera de sí.

El capataz se irguió y disparó su puño izquierdo contra el cuerpo del joven, alcanzándole en el plexo solar. Johnny rodó por la ladera y Fred contuvo el resuello al ver que se iba a precipitar por el hueco del túnel.

Pero Day logró asirse a una piedra y se enderezó al borde del mismo precipicio, junto al cual se abría el túnel. Greyson quiso aprovechar la ventaja de su posición y se abalanzó sobre su rival, el cual lo recibió con una serie de golpes en el pecho y en el estómago. Pero el gigante los encajó bien todos, y replicó a su vez con un izquierdazo a la cara de su enemigo. Johnny retrocedió otra vez hacia el filo, su bota se introdujo en el resquicio de una roca y perdió el equilibrio. Sintió el vacío a sus espaldas y se dejó caer antes de perder la vertical, arqueándose. Logró cogerse al borde de las piedras. Éstas resbalaron porque estaban bañadas por la lluvia, pero él siguió aferrándose a las del lado.

Greyson lanzó una risotada y se acercó a él con los brazos en jarras.

—Éste es tu final, John Day.

Levantó una de sus robustas piernas con la intención de aplastar las manos de Johnny y obligarle a soltarse. El joven vio cómo descendía rápidamente la bota e hizo un esfuerzo sobrehumano. Apoyóse solamente en la mano izquierda y levantó la derecha, asiendo el tobillo del capataz con todas sus fuerzas y tirando de él violentamente. Greyson se vino hacia delante y Johnny pudo ver la cara de espanto que ponía al darse cuenta de que se desplomaba en el vacío.

El capataz lanzó un alarido de horror mientras cruzaba el aire y luego se oyó un golpe seco. Después nada, un silencio.

Johnny logró subir y descendió de la montaña andando lentamente. Cuando llegó abajo vio a Greyson con la cabeza destrozada. Se la había golpeado contra las rocas.

—Te has librado de una buena —dijo Fred con un suspiro.

—¿Qué demonios hacen esos hombres parados…? —gritó Johnny.

—Creo que tienen razón. Podemos hacer muy poco por ellos.

—¡Hay que intentarlo! ¡Que trabajen con las manos, con los pies! ¡Que quiten piedras con los dientes, si es preciso! Tendré una esperanza mientras no los vea muertos a todos…

Johnny dio el ejemplo y, desoyendo los consejos de Fred, se metió en el túnel. A partir de entonces, en el interior del agujero todo fue actividad. Setenta hombres bien distribuidos trabajaban con denuedo, en silencio. Cada uno se multiplicó en sus esfuerzos dando de sí todo lo que podía. Al cabo de una hora despejaron el primer alud de rocas, quedando al descubierto un hueco en la parte superior lindante con el techo. Johnny solicitó una antorcha y la puso junto al agujero. La llama vaciló un instante y se movió hacia dentro.

—¡Atención, muchachos! —gritó—. ¡Hay una corriente de aire! ¡Quizá estén dentro esperándonos! ¡Ahora es cuando hemos de darnos prisa!

Los obreros reanudaron con mayor entusiasmo su actividad. Al cabo de otra hora se pudo comprobar que el hueco era cada vez más grande. Entonces Johnny se hizo atar una cuerda a la cintura y saltó al interior. Fue abriéndose camino de pie y otras veces necesitó reptar. Al fin llegó a un punto en donde el pasadizo se hacía cada vez más estrecho y tuvo que detenerse.

—¡Eh, Guy! —gritó con todas sus fuerzas.

Se produjo un eco.

Unas cuantas piedras cayeron y luego se hizo un silencio. Probó ora vez:

—¡Guy Hutton!

Una voz extrañamente aumentada repitió el nombre.

Johnny apoyó la espalda contra la pared, acongojado. Transcurrió un minuto. De pronto llegó a sus oídos un murmullo lejano.

Creyó al principio que era una ilusión de su mente, pero entonces lo oyó más claro. ¡Habían dicho Johnny!

Empezó a quitar piedras desesperadamente y cuando éstas se resistían a sus esfuerzos, las arañaba, desgarrándose las manos y

sintiendo un vivo escozor en las heridas al contacto con la tierra.

Poco a poco fue agrandando el agujero y por fin pudo continuar. Antes de hacerlo, dio tres tirones a la cuerda a cuyo otro extremo se encontraba Fred. Era la señal convenida para comunicar que allí dentro había alguien con vida. No supo cuánto tiempo transcurrió. Quizá fueron dos horas, una o media. A él le pareció una eternidad. Pero cuando se detuvo y llamó a Hutton de nuevo, una voz clara le contestó:

—¡Estamos aquí, Johnny!

Después oyó ruido de piedras que se desprendían y se dio cuenta de que al otro lado estaban trabajando los supervivientes. Otra vez se estrechaba el pasillo, pero ya estaba seguro de que aquél era el último obstáculo y continuó apartando las pesadas rocas. De pronto vio unas manos por un hueco, y cogió una de ellas fervientemente. Apartó la piedra y contempló un rostro ennegrecido y manchado de sangre.

—Hola, señor Day —saludó una voz.

Era uno de los obreros. Ahora lo recordaba, se llamaba Russ.

—¿Cómo ha ido eso, muchachos?

—Quedamos siete, señor Day, aunque dos están heridos gravemente.

Ahora se daba cuenta de que aquella voz que lo llamara antes no había sido de su amigo Guy. Por ello temió, al preguntar:

—¿Y el señor Hutton?

—Está aquí dentro también. Tiene una pierna rota por dos o tres sitios.

Johnny cerró los ojos, emocionado. Al fin, Guy había escapado de lo peor. También curaría.

—Está bien. Di a los chicos que no se preocupen. Todos estamos trabajando para evacuarlos pronto. Ya os podéis considerar a salvo.

Cuando Johnny pasó al interior, se dio cuenta de que las rocas habían caído a un lado y otro, formando un embudo bastante grande. Aquellos que estaban en las proximidades del centro eran los que se habían librado de una muerte cierta. A Guy le debió coger algo alejado, pero las propias rocas le habían arrastrado hacia el interior.

Cinco hombres estaban de pie rodeando a los heridos.

Johnny se acercó a su amigo y se arrodilló. Le vio la pierna

deforme, pero en su rostro no había ni un gesto de dolor. Por el contrario, Guy le sonrió amargamente mientras decía:

—Tendrás que llegar a Galverston, aunque sólo sea para justificar tanto esfuerzo.

—Lo lograremos, muchacho.

—¿Qué dices ahora de la Montaña Maldita?

—No hay tal maldición. Greyson lo preparó todo para que yo tuviera aquí mi sepultura. El ha recibido ya su merecido.

Se oía cada vez más cerca el ruido producido por los hombres que se acercaban a aquella parte del túnel y, pocos minutos más tarde, habían abierto el suficiente espacio para permitir que los supervivientes saliesen y los heridos fuesen evacuados.

CAPÍTULO X

Johnny Day contempló una vez más, con satisfacción, el túnel libre de escombros.

—Parece increíble, ¿verdad? —comentó Fred Hayes.

—Lo han hecho realidad esos valientes muchachos que tenemos con nosotros. Ellos se lo merecen todo.

—Pero un cuerpo no rinde sin una cabeza que lo dirija, y ésa has sido tú.

—No digas tonterías, viejo. ¿Crees que hubiese podido tender cuarenta yardas de ferrocarril sin tu ayuda?

Johnny observó que su amigo se miraba la punta de las botas, y le palmeó afectuosamente en la espalda, observando:

—Eres demasiado modesto, viejo.

—¿Por qué no le haces una visita a Guy? Estuve allí ayer y me dijo que no has ido a verlo.

—He estado tan preocupado con la obra que, cuando el doctor aseguró que estaba a salvo, pensé que mi puesto estaba aquí. Pero es una buena idea. ¿Quieres algún recado para él?

—Solamente recuerdos, y dile que mañana o pasado jugaré una partida de damas con él.

—De acuerdo, Fred. Hasta luego.

Minutos más tarde, Johnny partía al galope hacia Culver City, a donde llegó poco antes del mediodía.

Desmontó ante la casa habilitada para hospital de los que resultaban heridos durante el tendido del ferrocarril y subió por la escalera que conducía al primer piso. Detúvose ante la puerta de la habitación en que se encontraba Guy y llamó suavemente con los nudillos.

—Adelante —dijo la voz de Hutton.

Penetró y vio a su amigo tendido en la cama, con el rostro pálido y las mejillas hundidas.

—¿Cómo va eso, Guy?

—De primera —repuso, jovialmente, el enfermo—. Aún llegaré a tiempo de pegar unos cuantos martillazos en los rieles.

—No pienses en ello. Tendrás que recuperarte antes. Pero te prometo que te dejaré colaborar en la colocación de las últimas traviesas cuando lleguemos a Galverston.

Los dos amigos rieron. De pronto, Guy murmuró:

—¿Sabes quién ha venido a verme?

—¿Quién?

—Susan Farr. —Guy hizo una pausa y como Johnny no dijese nada, añadió—: Después de todo, ha resultado ser una persona simpática.

—Bueno. Eso es cuestión de criterios.

—¿Qué tienes contra ella, Johnny?

—Unas cuantas cosas.

—¿No será tu orgullo?

—¿Crees eso?

—Al fin y al cabo, ella tiene tanto interés como tú en que se acabe el tendido. Según me ha dicho, es cuestión de vida o muerte para la compañía que dirige.

—Eso lo sé desde el primer momento. Pero jamás me han gustado las mujeres que se dedican a los negocios.

—¿Por qué demonios? ¿Es algo malo? La señorita Farr es inteligente y está capacitada para el cargo que ocupa. Recuerda su decisión cuando nos comisionó para realizar el trabajo que estaban a punto de abandonar. Reconoce que ha corrido un riesgo enorme. Puedes estar seguro de que de cien hombres, noventa y nueve habrían desistido de la empresa antes de confiar en tres hombres que, después de todo, no tenían más título para demostrar su eficiencia que un buen chorro de palabras.

Johnny se acercó a la ventana desde la cual se veía la calle, rehuyendo la mirada de su amigo.

—Está bien. Todo el mérito es de ella.

—No lo digas así, Johnny. Suena a falso.

Day se volvió bruscamente hacia él.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que vaya a su casa a decirle que es

un portento?

—¿No lo es?

Johnny apretó firmemente los labios.

—De acuerdo, Guy. Ella es inteligente y está capacitada para el cargo que ocupa. Pero métete esto en la cabeza. Se ha aprovechado de nosotros.

—¿Qué quieres decir con que se ha aprovechado de nosotros?

—Ella comprendió que yo no hablaba en vano. Vio en ti, en Fred, en mí, a los hombres enérgicos que con mano dura sabrían encauzar los esfuerzos de los obreros para lograr lo que parecía imposible. Fred era la experiencia, tú la organización y yo el motor. La señorita Farr, antes de adoptar una determinación, se informó sobre nosotros en los ficheros de la compañía y así pudo llegar a la conclusión de que podíamos hacer el milagro. Fue su egoísmo el que la impulsó. Ahora, naturalmente, tiene que estarnos agradecida. Ése es el motivo de que te venga a visitar y se dirija a ti con palabras suaves. Tú, Fred, yo y los demás le hemos prestado un servicio y eso es todo. Nosotros recibimos su dinero y no hay nada más.

—No comparto tu opinión y creo que estás equivocado, Johnny. De acuerdo con lo que piensas, la señorita Farr es una mujer fría, calculadora…

—¡Naturalmente que lo es! ¡Y tengo pruebas de ello!

—¿Qué pruebas tienes?

—El día que empezó a llover fui a casa. Celebraba su cumpleaños. ¿Por qué demonios no nos había invitado? Sabes que me importa un rábano asistir a esa clase de fiestas, pero ella debió hacer esa invitación. ¿Por qué no lo hizo? Está bien claro como el agua. Nosotros estamos fuera de su órbita. Trabajamos para ella, acabamos el asunto e inmediatamente nos barre de su imaginación como una colegiala limpia la pizarra con la esponja.

—Creo que estás un poco obcecado.

—Está bien. Ni tú me vas a convencer a mí ni yo a ti. Será mejor que lo dejemos. Entregaremos en bandeja a la señorita Farr su línea de ferrocarril y nos largaremos de aquí. ¡Ya estoy deseando que llegue ese día!

Hubo un nuevo silencio. Johnny dirigió la mirada de nuevo a la ventana. Un jinete pasaba en aquel instante por el centro de la

calle.

El jinete vestía camisa gris y llevaba un pañuelo negro anudado al cuello. Su polvoriento sombrero era de ala ancha.

Sus manos cubiertas con guantes de cuero sostenían las bridas sobre la silla. El rostro era anguloso y los ojos oblicuos, de color azulado.

El caballo iba al paso y su dueño lo detuvo frente a la entrada del *saloon* Spokane. Descendió de la montura y ató las bridas al poste. Luego subió a la acera, caminó lentamente y penetró en el local empujando las batientes hojas.

No había mucha gente a aquellas horas en el establecimiento. En una mesa, al fondo, cuatro hombres jugaban una partida de póquer. En el mostrador, tres individuos hablaban de los efectos de la lluvia en las tareas del campo. Al oír pasos que se acercaban, los tres hombres volvieron la cabeza y uno de ellos desorbitó los ojos. El forastero se dio cuenta de que era reconocido y se detuvo mirando a quien se asombraba.

—¿Me conoces? —preguntó con voz fría.

El mozo que había tras el mostrador dejó de secar el vaso que tenía entre las manos para prestar atención.

El que había identificado al que acababa de entrar tragó saliva, y sus compañeros pudieron ver cómo le bailaba la nuez en la garganta.

—Sí —murmuró.

—¿Dónde me has visto?

—Fue hace tres años —balbució el otro—. Quizá usted no me recuerde, señor Ringo.

El vaso que sostenía el mozo resbaló de sus manos y cayó al suelo, haciéndose añicos.

Ringo lo miró de soslayo y sonrió.

Luego desvió los ojos hacia el que lo conoció en Dodge City y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Chris… Chris Jones.

—¿Qué hacías allí?

—Fui como todos, buscando un filón.

—¿Y lo encontraste?

—No, señor Ringo. Le aseguro que volví tan pobre como me fui.

Ringo se puso serio de repente y dijo:

—No temas. No te voy a pedir ningún dinero. Nada de eso. Todo lo contrario. Te voy a convidar a una copa.

—Gracias, señor Ringo. Pero acabo de tomar una.

El pistolero entrecerró los ojos y masculló:

—¿Es que me vas a rehusar una invitación?

La frente de Jones transpiraba sudor.

—Nada de eso. Se la acepto con mucho gusto. Si quiere, le invitaré yo a otra después.

El forajido miró al mozo, que parecía haberse convertido en piedra y le espetó:

—¿Es que te has quedado dormido? ¿No has oído que queremos *whisky*?

El mozo afirmó con la cabeza. Alcanzó una botella y dos vasos y escanció en ellos, derramando unas gotas de licor sobre el mostrador, que se apresuró a limpiar con un paño.

Ringo cogió su vaso y esperó a que Jones hiciera lo propio con el suyo.

—A tu salud, Jones.

—A la suya, señor Ringo.

Los dos amigos de Jones se habían apartado un poco, pero atendían a la escena con sus cinco sentidos. Ringo dejó su vaso sobre el mostrador y se limpió la boca con el dorso de la mano. Quedóse un rato mirando a Jones y por último le dijo:

—Ahora me vas a hacer un favor, Chris.

—Sí, señor Ringo. Claro que sí.

—¿Conoces a John Day?

—¿John Day? Es el que trabaja en el ferrocarril.

—Lo conoces, ¿eh? Estupendo.

Ringo hizo una señal al mozo para que llenase de nuevo su vaso.

El otro así lo hizo y cuando iba a llenar también el de Jones, el forajido hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Sabrías encontrarlo? —preguntó de pronto.

—¿A quién?

—Eres torpe de inteligencia. Por eso no encontraste tu filón. ¿Quién va a ser? Me estoy refiriendo a Day.

—Claro que sí, señor Ringo. ¿Quiere que le acompañe a donde él se encuentra?

—Todo lo contrario. Quiero que sea él quien venga aquí.

—Sí, señor Ringo. ¿Qué quiere que le diga?

—Será un mensaje muy corto y sencillo. Lo ves a él y le dices solamente que Jack Ringo tiene un asunto pendiente con él. Que le esperaré aquí hasta las cinco de la tarde.

Jones asintió con la cabeza y luego preguntó:

—¿Y si no viene, señor Ringo?

Ringo tardó en contestar. Cogió el vaso y bebió un largo trago. Luego esbozó una sonrisa glacial y replicó:

—Eso es cuenta mía, Jones. Tú solo has de decirle eso. Que Jack Ringo está aquí y quiere verlo para liquidar un asunto.

—Sí, señor Ringo. Ahora mismo iré.

—Pues no pierdas tiempo.

Jones se frotó las sudadas manos en el pantalón y apresuróse a abandonar el local sin despedirse siquiera de sus amigos.

Ringo lo vio salir y volvió la cabeza al mozo que no dejaba de mirarle.

—¿Qué tienes para comer?

—Lo que usted quiera, señor Ringo.

—Está bien. Fríeme unos hígados de pato.

El mozo frunció la comisura de los labios y balbució:

—De eso no tenemos, señor Ringo.

—Eres un estúpido. ¿No has dicho que comería lo que yo quisiera?

—Lo siento, señor Ringo.

—Supongo que en este condenado pueblo habrá gallinas.

—Sí, señor.

—Y cerdos.

—Sí, señor.

—De acuerdo. Pues fríeme unos huevos y un gran trozo de tocino.

—Lo tendrá enseguida.

—De acuerdo, tipo vivo. Pero no te olvides del pan.

Jack Ringo dio media vuelta y se apartó del mostrador llevándose el vaso y tomando posesión de una mesa.

Los dos hombres que habían estado hablando con Jones pagaron la consumición y salieron a la calle. Alejados unas yardas del *saloon*, el más viejo dijo:

—Hace cosa de una hora vi entrar a Johnny Day en la casa donde están los heridos. Voy a avisarle para que pueda salir inmediatamente del pueblo.

—Eso está bien, Kane. Es lo mejor que puedes hacer.

Entonces el llamado Kane echó a correr por la acera.

CAPÍTULO XI

Llamaron a la puerta y Guy autorizó la entrada.

Susan Farr penetró en la estancia, sonriente:

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Hutton?

—Perfectamente… Esto no ha sido nada.

De pronto, Susan se dio cuenta de la presencia de Johnny junto a la ventana.

Johnny inclinó ligeramente la cabeza, saludándola.

—Buenos días, señorita Farr.

—Celebro verle, señor Day —replicó la joven—. Creí que vendría a mi despacho a explicarme lo ocurrido en el túnel.

—He dedicado todo mi tiempo a recuperar las horas que ese accidente nos ha hecho perder. De todas formas, no hay mucho que contar.

—¿Usted cree? Murieron trece hombres y aparte del valor de sus vidas para sus respectivas familias, la compañía ha de abonar a los herederos de las víctimas la indemnización pertinente.

—Creo que la compañía se ahorraría el pagar esa indemnización si pudiésemos probar la responsabilidad de una tercera persona en el asunto.

—Es precisamente lo que deseo que me explique. Han corrido rumores por Culver City, pero no he querido darles crédito hasta oírle a usted.

—No sé lo que habrán dicho por la ciudad, pero fue Lube Greyson, uno de los capataces, el que metió unos cuantos cartuchos de dinamita en una parte de la galería ya terminada, provocando la explosión que hundió el centro del túnel.

—Ya sé que Greyson murió después de pelear con usted, y con ello impidió que pudiera indicarnos a quién obedecía. Fue una

verdadera lástima.

—¿Me censura usted, señorita Farr?

—Solamente lamento que Greyson no escapase con vida. Comprendo la actitud de usted al salir del túnel, pero no me negará que su impulso nos impide ahora desenmascarar de una vez a la persona o personas que, al parecer, no quieren que lleguemos a Galverston.

—Quizá pueda hacer usted al respecto más de lo que cree.

—Explíquese.

—Conteste a una sencilla pregunta y quizá obtenga la respuesta. ¿A quién le puede interesar que la Unión de Ferrocarriles de Texas no realice el tendido?

Susan quedó un rato pensativa, apartando los ojos del rostro de Johnny y, por fin, los levantó mirándole:

—Ferrocarriles del Oeste, la empresa que dirige mi amigo Rex Poling, tiene un derecho de opción sobre el tendido para el caso de que nosotros no logremos cumplir el contrato en el plazo previsto.

—¿Qué quiere decir eso del derecho de opción?

—Es un formulismo que es costumbre incluir en todos los contratos que se extienden en el Estado de Texas cuando se trata de hacer un tendido de ferrocarril. Lo comprenderá enseguida. Una entidad particular o una agrupación de municipios acuerdan hacer un ferrocarril y tras una serie de trámites adjudican la obra de construcción a una determinada firma. Al objeto de que ésta cumpla su compromiso, se incluye en el contrato una determinada estipulación que recibe el nombre de cláusula penal, porque en su virtud se castiga a los constructores. En nuestro caso, tenemos que hacer el tendido en un determinado plazo y en caso contrario, una firma rival a la nuestra tiene el derecho alternativo de acabar la obra iniciada o de renunciar a ello.

—Comprendo perfectamente —asintió Johnny mirando de soslayo a su amigo Guy, en cuyo rostro descubrió una sonrisa de satisfacción.

—Pero me resisto a creer que sea Rex Poling quien pagase a Greyson —prosiguió Susan—. Debe tener en cuenta que Poling fue amigo íntimo de mi padre, aunque rivalizase en la misma esfera de negocios, pero es tradicional entre las firmas que se dedican a esta clase de empresas luchar noblemente, rehuyendo toda clase de

juego sucio.

En aquel instante, llamaron precipitadamente a la puerta y una voz gritó:

—¡Señor Day! ¡Señor Day!

Johnny se apartó de la ventana y se apresuró a abrir la puerta. Reconoció a Kane, uno de sus obreros, el cual mostraba ahora el semblante demudado.

—¿Qué le pasa, Kane? ¿Qué hace aquí?

El hombre penetró en la habitación, mientras Johnny cerraba la puerta a sus espaldas.

—Hoy es mi día libre, señor Day, y me dejé caer por el Spokane *Saloon*. El caso es que se presentó allí un tipo hace un rato y habló con un amigo mío. Chris Jones. Chris le busca ahora a usted para darle un mensaje.

Kane hablaba a ráfagas, visiblemente emocionado.

—¿Quiere serenarse de una vez, Kane? —exhortó Johnny—. ¿De qué está hablando?

Kane enmudeció un instante, llenó los pulmones de aire y, al fin, replicó:

—Es Ringo, señor Day, Jack Ringo.

Guy Hutton dio un respingo en la cama.

—¿El pistolero?

—Sí, señor —contestó Kane, mirando alternativamente a Day y a Hutton—. Ya se lo he dicho. Está en el *saloon*. Le encargó a Chris Jones que le dijese a usted, señor Day, que lo esperaba en el Spokane hasta las cinco de la tarde para liquidar un asunto pendiente. Chris salió corriendo hacia el campamento, donde creyó que estaría usted a estas horas. Pero yo le vi a usted detenerse ante esta casa y supuse que venía a ver a los heridos. Ahora tiene tiempo de escapar.

—Gracias, Kane —murmuró Hutton—. Te has portado bien.

Johnny no contestó. Se acercó a la ventana y miró a la calle.

—¿Qué estás pensando, Johnny? —preguntó Guy—. No tienes tiempo que perder.

Susan Farr y Kane tenían la mirada fija en Day.

Johnny sacó lentamente el revólver de su funda y estuvo mirando el cilindro. Luego, encontrando el arma en condiciones, la volvió a su sitio.

—¿Qué tramas, Johnny? —insistió Guy, inquieto.

—Exactamente lo que supones —respondió el interpelado, con voz ronca.

—¡No puedes hacerlo, Johnny! Eres un buen tirador, pero recuerda que él es un pistolero profesional. Todo el mundo sabe que no hay otro como Ringo en cinco estados.

De pronto, Susan intervino:

—Le prohíbo que acuda a esa cita, señor Day.

El se volvió hacia la muchacha, enarcando las cejas.

—¿Qué quiere decir con que me prohíbe que vaya al *saloon*, señorita Farr?

Ella se mordió el labio inferior, vacilante, y contestó con brusquedad:

—Si es preciso, lo despediré a usted.

—Tiene mala memoria —repuso Johnny—. Entre nosotros existe un contrato escrito. No puede despedirme si yo cumplo como lo estoy haciendo.

Susan se volvió hacia Kane y le ordenó:

—Vaya inmediatamente a avisar al *sheriff*. El impedirá ese absurdo duelo.

—Lo siento, señorita Farr —respondió Kane—. Pero el *sheriff* salió para San Antonio hace dos días y aún no ha regresado.

—¡Entonces comuníqueselo a Connie, su ayudante!

—Usted ya conoce a Connie, señorita Farr —objetó de nuevo Kane—. Puede estar segura de que no está tampoco en la ciudad. Siempre se va después de comer al lago a pescar y no vuelve hasta la noche.

Johnny sonrió.

—Ya lo ha oído, señorita Farr. No puede impedir que vaya a conversar con Jack Ringo.

—¿Conversar? —replicó Hutton—. ¿Qué clase de conversación va a ser ésa? Sólo habrá tiros y apuesto a que sólo se disparará un revólver. ¡El de Ringo!

—Bueno. Quizá él esté bajo de forma ahora. Ya sabes que soy un tipo de suerte.

—Ten por seguro que se te ha acabado la racha. Es una locura, Johnny. ¿Por qué no te das una vuelta por El Paso y vuelves dentro de un par de semanas? También te serviría de descanso. Han

ocurrido tantas cosas desde que llegamos a Culver City que no sé cómo te funciona la cabeza.

—Es asunto decidido, Guy. Después de todo lo que hemos trabajado, no me perdonaría jamás que ahora me fuese, abandonando la tarea. Tú lo sabes, Guy. Nunca volverla a ser un hombre.

Hutton desvió la mirada hacia el suelo, reconociendo que su amigo tenía razón.

—Ése es el único motivo —exclamó, de pronto, Susan—. ¡Su maldito orgullo! Quiere ser el único y no vacila en exponerse a que le maten con tal de convertirse en un héroe, John Day.

—¿Piensa así verdaderamente, señorita Farr?

—¿De qué otro modo voy a pensar si va al encuentro de ese pistolero? Es lo que quiere él. Herirle en su amor propio para obligarle a que caiga en la trampa. No hace más que amoldarse a los deseos de él. Aceptando esa cita se pone a la altura de Ringo.

—Hay una cosa que usted pasa por alto, señorita Farr. Entre Ringo y yo no hay ninguna cuestión personal. El hecho de que haya venido a Culver City para matarme, significa que la persona que está interesada en que no terminemos el tendido a Galverston se mantiene decidida a jugar una última carta. ¡Y es ésta! ¡Ya no le queda otra! Voy a acudir a esa cita porque presiento que es la única oportunidad que existe para descubrir a nuestro enemigo. ¡Métase bien esto en la cabeza! ¡No hay amor propio por mi parte! ¡Eso lo dejo para usted!

Las mejillas de Susan se tiñeron de rojo.

—¿Considera necesario insultarme para defender su posición?

—Discúlpelo, señorita Farr —terció Guy—. No sabe lo que dice. Está un poco nervioso.

Johnny se volvió hacia el herido, exclamando:

—¡No hay tal nerviosismo! Estoy diciendo lo que siento, y ya es hora de que alguien le cante las verdades a la señorita Farr.

Los hermosos ojos de la joven centellearon, iracundos.

—¡Está bien! ¡Ande! ¿Qué está esperando? ¡Salga ya, y vaya a buscar a Jack Ringo! ¡Hágalo usted todo! ¡Inténtelo sin ayuda de nadie!

—¡Es lo que voy a hacer! —Johnny hizo una pausa y luego añadió—: En realidad, ya no soy imprescindible en el campamento.

Tal como están las cosas, Fred Hayes se basta sólo para acabar el tendido. Los obreros están entusiasmados porque se han crecido con las dificultades. Si fuera preciso, trabajarían diez horas o catorce por llegar triunfantes a Galverston.

—Eres un estúpido cabezota, Johnny —rezongó Hutton—. Hay momentos en los que demuestras ser inteligente, pero en otros juraría que tienes el cráneo lleno de serrín. Me gustaría estar dentro para impedirte ir a esa cita. Antes de salir de esta habitación tendrías que dejarme fuera de combate, pero ya que no puedo luchar contigo sólo me resta decirte… Buena suerte.

Johnny se acercó a la puerta y la abrió de un tirón. Antes de salir volvió la cabeza mirando a Susan y a Kane, sin saber qué decir. Por fin, fijando su mirada en su inseparable compañero, murmuró:

—Gracias, muchacho.

Luego salió al pasillo y cerró a sus espaldas.

CAPÍTULO XII

Los pasos de Johnny resonaban en las tablas que formaban la acera.

Había muy poca gente a aquellas horas por la calle. El sol hacía brillar los grandes charcos que jalonaban la calzada. Ésta ofrecía un feo aspecto; las ruedas de los carros se habían hundido en el barro, formando largas estrías, y el agua tenía un color amarillento. Un perro vagabundo que caminaba despacio se detuvo, miró a Johnny y agachó las orejas, meneando el rabo de un lado a otro. Abrió un par de veces la boca mostrando su larga y roja lengua, y luego prosiguió su camino.

Johnny llegó a la altura del Spokane *Saloon*, se detuvo un momento y empujó las batientes hojas, pasando dentro.

Echó una ojeada al interior del establecimiento y enseguida lo vio. Estaba ligeramente ladeado, dando casi la espalda a la entrada, y bebía una taza de café.

Al fondo sólo había una mesa que ocupaban cuatro jugadores.

En el mostrador, al otro extremo de la puerta, había cuatro hombres, dos de los cuales parecían estar borrachos. El mozo, que les estaba sirviendo en aquel momento una nueva ración de *whisky*, volvió la cabeza para observar al nuevo cliente. Entonces su semblante fue poco a poco palideciendo.

Johnny siguió andando hasta el mostrador y se acodó en él.

—Sírvame una copa de *whisky* —pidió en voz alta.

—Sí, señor…

El mozo silenció el nombre y movióse como un autómata. En un instante puso el vaso ante Johnny y lo llenó de *whisky* hasta el borde.

El bebió un largo trago y luego dejó el vaso sobre la madera.

Entonces dijo al mozo que le observaba asombrado:

—¿Ha preguntado alguien por mí?

El interpelado tragó saliva y humedecióse los labios con la punta de la lengua, mirando de hito en hito a Day y a Ringo, que estaba más allá.

Al fin se decidió a contestar:

—No sé. Creo que no.

—¿Cómo qué no? Estoy seguro de que alguien ha preguntado por John Day.

Oyó a sus espaldas el tintineo de una taza al ser dejada sobre el plato. Inmediatamente la voz de Ringo llegó a sus oídos.

—Quizá esté en lo cierto.

Johnny se volvió lentamente y apoyó la espalda en el filo del mostrador.

—¿Es usted quien ha preguntado por mi?

Ringo no se movió de la silla y, tras mirar de arriba abajo a su interlocutor, asintió con la cabeza.

—¿Jack Ringo? —murmuró el joven.

—Cierto. Y usted John Day.

Los cuatro jugadores interrumpieron la partida al oír pronunciar el nombre de Jack Ringo y volvieron la cabeza hacia el lugar en donde se desarrollaba el diálogo. Los cuatro hombres del mostrador enmudecieron también.

Day y Ringo se miraban fijamente como si cada uno de ellos tratase de calcular las posibilidades del otro.

—Si vale usted tanto como dicen, no comprendo cómo se ha metido en este cochino pueblo —le espetó Jack—. Hay otros sitios donde un hombre puede hacer más carrera que en Culver City.

—Supongo que no ha hecho el viaje para decirme eso —contestó Johnny.

—No, seguro que no.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo pregunte. Usted ya lo sabe. —Ringo hizo una pausa y más tarde añadió—: Es lo malo que tiene mi oficio. Que siempre tiene uno que ir de un lado para otro.

—¿Quién le paga, Ringo?

El forajido guardó silencio y de pronto se echó a reír.

—No sea ingenuo, Day. Eso turma parte de mi convenio. Uno

tiene que portarse decentemente para mantener el cartel. Usted se da cuenta, ¿verdad? Si yo fallase una sola vez, correría la voz de que Jack Ringo es un soplón, y se acabaría mi clientela.

Jack levantó el brazo derecho y lo colocó al borde de la mesa, dejando colgar la mano. Al propio tiempo extendió levemente la pierna del mismo lado. Johnny se dio cuenta de que entre las yemas de los dedos y la funda del revólver había tan sólo unas pulgadas. Observó la mano izquierda y la vio sujetando la rodilla. Todo consistía en saber con cuál de las manos iba a tirar. Era lógico que disparase con la derecha, pero quizá fuese una añagaza del pistolero. Muchas de sus víctimas habían muerto sin saber cómo había apretado el gatillo. Por ello era famoso en todos los estados de la Unión.

—¿Qué está pensando, Day? —inquirió de pronto—. ¿Le empieza a preocupar qué dedo va a expulsar la bala que lo va a matar?

—Yo no voy a morir aquí, Ringo.

La respuesta dejó perplejo al pistolero. Hubiese esperado cualquier otra menos ésa. Frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Por qué supone eso?

—Porque está cansado del oficio. Ha matado ya a demasiada gente. Usted daría cualquier cosa porque le dejasen en paz.

—¿Usted qué sabe? —replicó Ringo con voz irritada.

—Lo leo en sus ojos. De buena gana renunciaría a todo. Se marcharía con sus ahorros a un lugar solitario y se construiría una granja. Allí tendría colgadas sus armas y las cogería de tarde en tarde para tirar sobre un blanco.

—Eso es una tontería.

—No lo es. Se llevaría con usted a la mujer que quiere y allí nacerían esos hijos que desea.

Ringo pestañeó unos instantes.

—¿Qué clase de cuento es ése?

—Usted lo ha dicho antes. Es penoso ir de un lado a otro disparando contra personas que ni siquiera conoce. Se hizo célebre porque era un gran tirador y ya no tuvo más remedio que vivir de esa fama. Ha sido más fuerte que usted. Algunas veces ha intentado cambiar el rumbo de su vida, pero no ha podido.

—¡Cállese! —gritó, nervioso, el pistolero.

—Incluso teme a veces que su mano o su cabeza fallen y que cualquiera de sus rivales sea más rápido que usted. Se repite una y mil veces; tantas, que alguna vez ha de ocurrir.

—¡Le digo que se calle!

—¿Por qué, Ringo? ¿Acaso su conciencia le dice que tengo razón?

—¡Cierre el pico o se lo cerraré yo!

—Hasta ha perdido su serenidad, esa serenidad de la que siempre se ha enorgullecido…

—¡Maldito entrometido! —gritó Jack. Y fue su mano izquierda la que corrió hacia la funda, mientras se ladeaba en la silla.

Pero Johnny estaba atento y, antes de que su enemigo pudiese disparar, sacó su revólver e hizo fuego. Se oyó un estampido y Jack Ringo se estremeció en la silla al recibir el proyectil poco más abajo del corazón. Aun así, sacó el revólver, pero no lo llegó a usar, ya que lo dejó caer al suelo. Sus ojos se dilataron, fijos en el hombre que acababa de herirlo de muerte.

Se hizo un profundo silencio en el local y Johnny se acercó lentamente a la mesa donde se encontraba el forajido.

Ringo tosió, hundiendo la barbilla en el pecho.

—Usted ha ganado —murmuró—. Day… Cuando usted hablaba decía la verdad… Y eso fue lo que me puso nervioso. Ha sido… una buena… treta.

—Lo siento, Ringo, pero tenía que hacerlo. Era su vida o la mía.

—Quizá me haya hecho un favor… la mía valía poco ya…

—¿Quiere que haga algo por usted?

Ringo levantó la mirada. Sus ojos se tornaban cada vez más vidriosos. Sonrió con un rictus de amargura y luego balbució:

—Existe la mujer de que usted me habló… ésa a la que me tenía que llevar a una granja que construiría con mis propias manos… y la que sería madre de mis hijos…, pero es mejor… que no diga nada… Que no sepa que muero pensando en ella… Así me olvidará antes y aún podrá ser feliz… con otro hombre…

—¿No hay ninguna otra persona a quien quiera que le diga algo?

—No… Day… Nunca tuve un verdadero amigo… Quizá usted y yo… si nos hubiéramos encontrado antes… lo hubiésemos sido…

—Es posible.

—Day… voy a romper por una sola vez lo pactado… El hombre que me pagó para que lo matase… se llama… Poling… Rex Poling… Guárdese de él…

Ringo tosió nuevamente y en sus labios apareció una espuma rosada. Dio un profundo ronquido que le desorbitó más los ojos y luego se dobló a un lado.

Johnny lo sostuvo y lo dejó suavemente en el suelo. Después le cerró los ojos. Había muerto.

Se enderezó, metiendo el revólver en la funda, y dio media vuelta. Los nueve hombres que había en el local tenían la mirada fija en él. Se detuvo junto a la puerta, buscando en el bolsillo de la chaqueta, y sacó una moneda de a dólar que arrojó sobre el mostrador. Luego empujó los batientes y salió a la calle.

En la acera levantó instintivamente la mirada. Entonces sus ojos descubrieron en una ventana de la fachada de enfrente a Rex Poling y a Robert Lund que se encontraban juntos, mirando a su vez la entrada del *saloon.*

De pronto desaparecieron en el interior de la casa.

Johnny cruzó la calle y se detuvo ante una puerta abierta, a uno de cuyos lados había una placa en la que se leía el nombre del abogado. Subió por la escalera y desenfundó nuevamente el «Colt». En una puerta del centro había una nueva placa como la de la calle. Hizo girar el picaporte y se coló en el interior.

Rex Poling y Robert Lund estaban de pie junto a una biblioteca adosada a la pared, y giraron sobresaltados.

Al ver al joven armado, Poling gritó:

—¿Qué va a hacer, Day?

—No lo sé todavía, pero puede que me decida a matar a dos perros rabiosos.

—Cometería un asesinato —dijo Lund.

—¿Eso les preocupa ahora? No dudaron un instante en autorizar a Greyson para que cometiese su crimen sabiendo que morirían hombres inocentes.

—Entérese de una vez, Day —exclamó Poling—. Yo no tuve nada que ver con lo que hizo Greyson.

—No me diga. ¿Piensa que voy a creer que Greyson obró por su cuenta?

—Aunque le parezca absurdo, no sabía lo que iba a ocurrir en el

túnel.

—Bien, compañeros. No puedo perder más tiempo oyendo el chorro de mentiras que quieran soltarme. Me interesa más otro aspecto de la cuestión. —Hizo una pausa y luego añadió—: Usted, Poling, va a firmar ahora mismo un cheque de quince mil dólares.

—¿Se ha vuelto loco, Day?

—Jamás, en ningún momento anterior de mi vida, me he sentido mejor.

—¿Por qué he de darle ese dinero?

Johnny levantó unas pulgadas el revólver mientras explicaba:

—Me bastaría darle esta razón para obligarle, pero quiero que conozca hasta el último detalle. Me va a dar esos quince mil dólares porque usted se va a hacer cargo de las indemnizaciones que la Unión de Ferrocarriles debe abonar a los herederos de los que murieron en el túnel.

—Le repito que yo no tengo nada que ver con aquel accidente.

—Y yo insisto en que firme ese cheque —replicó Johnny con voz ominosa.

Hubo un silencio en la habitación. Poling miraba el negro ojo del revólver que estaba fijo en un punto coincidente entre sus dos cejas.

Hacía ya un minuto que había empezado a sudar y ahora, tras una vacilación, dijo:

—Está bien, señor Day. Le firmaré ese talón.

Poling se dirigió hacia una mesa y se sentó, sacando de un bolsillo interior un talonario. Cogió una pluma que tenía delante, la mojó en el tintero y escribió sobre el papel azulado. Luego firmó y rubricó. Levantóse, cortó la hoja y se la alargó a Johnny, el cual la tomó y, después de examinar su contenido, la guardó.

Entonces se enfrentó con Lund.

—Ahora vamos a lo suyo, señor Lund.

Robert tosió ligeramente, replicando:

—Se equivoca si cree que a mí me va a intimidar como a Poling.

—Usted no tiene miedo, ¿verdad?

—No se trata de eso. Yo no tengo la fortuna personal que posee Poling. Mi cuenta corriente en el Banco no llega a los cuatro mil dólares.

—No es su dinero lo que quiero, Lund.

—¿Qué es, entonces?

—Le voy a dar un plazo de seis horas para que abandone la ciudad.

—No estará hablando en serio. Tengo instalado en Culver City mi bufete, aquí tengo mi clientela, y mi vida gira alrededor de esta comarca.

—Ya lo sé. Y hasta ha pensado en casarse con la señorita Farr.

—¿Le importa eso?

—No me habría importado si usted hubiera sido un hombre justo y noble. Pero es como una víbora que pica a la persona que le tiende una mano para socorrerla. Usted ha mantenido la esperanza de casarse con la señorita Farr y, sin embargo, no ha vacilado en traicionarla, en cooperar con un enemigo de ella para hundir su firma. Ese ruin proceder le define a usted de pies a cabeza. ¡Por ello está aquí de más!

—¡No me iré, Day! ¡Ya ha dejado de dar órdenes!

—¡Usted se va a marchar o le descerrajo aquí mismo un tiro! Le doy mi palabra de que no vacilaré en apretar el gatillo. El hecho de que le ofrezca una oportunidad se debe solamente a que la señorita Farr le considera todavía un amigo y no quiero darle explicaciones a ella. ¡Ya lo sabe! ¡Decídase!

Lund vio en el semblante de Day la fría decisión de matar, y meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, Day. Me iré de Culver City. Pero tenga la seguridad de que nos volveremos a ver.

—Cuando usted quiera —respondió, sereno, el joven.

Empezó a retroceder hacia la puerta y, cuando abrió ésta, enfundó el revólver y salió de la habitación.

Ya en la calle, echó a andar por la acera hacia la casa en que se hallaba Guy. Junto a la puerta del Spokane *Saloon* se iba arremolinando la vecindad, ansiosa de enterarse de lo que había ocurrido. Cuando se disponía a entrar en la casa vio salir a Susan Farr, la cual se quedó inmóvil mirándolo con ojos asombrados.

—Entonces… —murmuró ella— el muerto ha sido Ringo…

—Tuve un poco más de suerte que él.

—¿Cómo se las arregla para tener siempre más suerte que los demás?

—Es una pregunta que me he hecho a mí mismo un sinfín de

veces sin encontrar respuesta. ¿Puede usted hacerme un favor, señorita Farr?

—¿Usted me pide un favor a mí? ¿Tan cambiado está?

—¿Quiere subir a la habitación de Hutton y decirle que todo ha ido bien? Yo no tengo ganas de contarle nada.

—De acuerdo. Así lo haré.

Johnny sacó el talón del bolsillo y dijo:

—Aquí tiene esto para que lo haga efectivo.

La joven cogió el cheque y observó el importe y la firma que lo garantizaba.

—¿Qué significa esto, señor Day? —preguntó perpleja.

—Significa que el señor Poling se ha sentido generoso y ha decidido hacerse cargo de las indemnizaciones que tenía usted que pagar. Adiós, señorita Farr. Nos veremos en Galverston.

Susan iba a replicar que no la vería en Galverston, pero ya él había dado media vuelta y montaba en la silla.

Ella se quedó inmóvil un rato, viéndolo partir al galope, hasta que desapareció en el recodo de la calle.

CAPÍTULO XIII

Susan Farr, bella y elegante, penetró en el hotel Continental de San Antonio seguida por dos criados que portaban su equipaje. El hombre que había en el *comptoir* expresó en el semblante el contento que le producía ver allí a la joven.

—Oh, señorita Farr… Es un honor para el hotel tenerla de nuevo entre nosotros.

—Gracias, Jorge.

Jorge se apresuró a poner a su disposición el libro de registro mientras decía:

—La habitación de siempre, ¿no, señorita Farr? Casualmente está desocupada. Ya me he enterado de que el próximo sábado se inaugurará en Galverston el ferrocarril. Será un gran día para usted.

Susan levantó la mirada y replicó:

—El caso es que pienso permanecer en San Antonio durante toda la semana.

Jorge frunció el entrecejo en un gesto de asombro.

—¿Quiere decir, señorita Farr, que no va a estar en Galverston el sábado?

—No me encuentro muy bien últimamente y un acto así me cansaría.

Terminó el diálogo y se encaminó a su apartamento. No más se encontró en él, despidió a los criados, quitóse el sombrero ante el espejo y dejóse caer lánguidamente en un sillón.

No, ella no estaría en Galverston el día en que John Day sonriese triunfante a todos los espectadores. Se lo había prometido a sí misma y tuvo valor suficiente para salir de Culver City sin decir nada a nadie. Era cierto cuanto había manifestado a Jorge. Se encontraba cansada. Por primera vez en su vida tenía la impresión

de que su mundo estaba vacío. Dos años antes, cuando murió su padre, se dedicó a continuar su obra con entusiasmo. Pensó que la lucha que había de sostener para conservar pujante el negocio le ocuparía su existencia y así fue al principio, pero ahora, de pronto, todo perdía interés para ella.

Se apretó las sienes y movió la cabeza de un lado a otro, tratando de ahuyentar sus problemas. ¿Cuándo había surgido aquella nueva situación? Para esta pregunta tenía respuesta. Era sencilla. Todo empezó el día en que John Day hizo su aparición en la sala del Consejo de la Unión de Ferrocarriles. Era él, John Day, quien había trastornado su vida. Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho él para que ella se sintiese apesadumbrada unas veces, iracunda otras, presa de las más extrañas emociones? ¿No se limitó John Day a cumplir lo que había dicho?

No; había algo más que la rivalidad que pudiera existir entre ella y Day. Se decía a sí misma, se repetía una y mil veces que odiaba a aquel hombre, y hasta buscaba motivos para justificar ese odio. Su jactancia, su insolencia… ¿Y qué más?…

No soportaba pensar en que tan sólo unos días más tarde, John recibiría todos los honores en Galverston. Su nombre correría de boca en boca no sólo en aquella ciudad, sino en San Antonio, Austin, en las más importantes ciudades de Texas y de fuera del Estado. Era preciso que él se apartase de su vida, que sus caminos entrecruzados se separasen más y más para no volver a encontrarse nunca.

De pronto, sus pensamientos se vieron interrumpidos. Alguien llamaba a la puerta.

—Adelante, puede pasar —dijo.

La puerta se abrió y Susan contempló asombrada en el umbral a Robert Lund.

El abogado entró, cerrando a su espalda.

—Querida Susan… —murmuró sonriente.

La joven se levantó de un salto de la silla y dirigióse al encuentro de su visitante.

—Pero Bob, no lo puedo creer… ¡Tú en San Antonio!

El abogado prendió una de las manos femeninas y se la llevó a los labios. Luego manifestó:

—Estaba conversando con un amigo en el vestíbulo cuando te vi

llegar.

—¡Santo cielo!… Creí que te había tragado la tierra, Bob. Desapareciste de Culver City sin decir nada y ni siquiera has escrito. ¿Qué te ha pasado?

Lund, que había entrado en aquel apartamento con cierta inseguridad respecto a las palabras que pudiera escuchar de boca de Susan, se tomó unos segundos para contestar, mientras su mente trabajaba aprisa.

—¿No te dijo nada el señor Day?

—¿El señor Day? —repitió ella—. ¿De tu marcha? No, nada. ¿Es que tenía que habérmelo dicho?

Lund enlazó su brazo y la hizo sentar en el diván haciéndolo él a su lado. Luego, mirándola fijamente, explicó:

—Verás, Susan… Lo siento verdaderamente por ti, pero como ya te advertí otra vez, Day es un desaprensivo.

Ella había borrado el nombre de John Day y ahora su semblante palideció al oír la acusación.

—Entre Day y yo existen ciertas diferencias —replicó—, pero él ha cumplido su compromiso y no ha pretendido aprovecharse de nada. En ningún momento nos ha pedido más dinero del pactado y llegó al extremo de prometer sortear entre los obreros los dos mil dólares que cobrará en Galverston como prima.

Lund hizo una pausa, buscando nuevas armas para atacar y finalmente insinuó:

—Day sabe lo que se hace. Quizá no estés enterada de una cosa.

—¿De qué, Bob?

—El día en que mató a Jack Ringo apareció en mi despacho. Casualmente estaba allí Rex Poling, el cual había venido para consultarme un asunto profesional. Day nos amenazó con un revólver y obligó a Poling a que le firmase un talón por el importe de quince mil dólares. Fue un verdadero robo. Luego quiso obligarme a mí a que le firmase también un cheque, pero yo me opuse. Entonces me dijo que si no salía de Culver City aquella misma tarde, me mataría. Naturalmente, él es un bandido y no hubiese dudado en hacer lo que decía. Por ello me vi obligado a marchar provisionalmente de la ciudad.

Susan estaba confusa.

—Escucha, Bob… No comprendo muchas cosas de lo que dices.

Se contradicen con las noticias que yo tengo.

—Aquí estoy yo para aclarártelas.

—En primer lugar, el talón que Day obligó a firmar a Poling, lo he hecho efectivo yo.

Lund quedóse estupefacto. Recordaba perfectamente las palabras de John respecto a que el importe del cheque era para los herederos de las víctimas del derrumbamiento del túnel, pero en ningún momento lo creyó. Pensó que Day se embolsaría el dinero sin vacilar.

—En segundo término —prosiguió Susan—, han transcurrido dos semanas desde que te fuiste de la ciudad. ¿Por qué no denunciaste a las autoridades la amenaza de que fuiste objeto por parte de Day? Además, ¿qué razones tenía él para arrojarte del pueblo?

Bob se quedó un rato en suspenso. Aquel diálogo no seguía los cauces que él había deseado. De pronto se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—¿Qué razones tenía?… Hay suficientes. Yo como abogado de la compañía te dije, aunque tarde, que habías dado un mal paso encargando a John Day el tendido… Day sabía que no contaba con mi simpatía… Pero lo más importante es otra cosa… Calló y acercóse a Susan, que seguía sentada en el diván.

—¿Cuál, Bob?

—Que te quiero… Que quiero hacerte mi mujer.

Lund esperaba que ella replicase de alguna forma, pero la vio inmóvil, como si no hubiese escuchado sus palabras.

—¿Te das cuenta, Susan?… Te he querido siempre. Poco antes de morir tu padre pensé hacerte mi mujer, pero al sobrevenir la desgracia creí que era mejor dejar transcurrir algún tiempo, hasta que te recuperases de tu dolor.

—¿Por qué a John Day ha de importarle que tú me quieras?

La pregunta fue tan inesperada que Lund no encontró respuesta y ella prosiguió:

—Pareces dar por sentado que el señor Day sentía celos de ti y, por lo tanto, que está enamorado de mí.

Bob se dio cuenta de que él mismo se había metido en una ratonera.

—Así es —afirmó queriendo llevar su juego hasta las últimas

consecuencias—. Seré sincero contigo. John Day está enamorado de ti.

—¿Te lo dijo él? —preguntó ella, erguida, mirando de soslayo a Bob mientras su cuerpo se estremecía levemente.

Lund apretó los labios.

—No lo dijo con esas palabras. El es incapaz de exteriorizar un sentimiento así, con delicadeza. Fue brutal, cínico. Me indicó que se había propuesto ser el dueño de la Unión de Ferrocarriles de Texas y que para ello estaba dispuesto a casarse contigo.

Susan se volvió bruscamente.

—¡No es cierto! ¡Di que no es cierto!

El rostro de Bob se endureció.

—Sí que lo es. ¿Por qué crees que quería quitarme de en medio? ¡Porque me hubiera opuesto a sus deseos! ¡Tenía que suprimir a su rival! ¡Por ello me amenazó con matarme!

—Pero tú has tenido tiempo de escribirme contándomelo todo. ¿Por qué no lo has hecho?

—Creí que te hallarías en Galverston el sábado próximo. Yo también estaría allí para desenmascarar a Day delante de ti.

Susan se levantó del asiento y acercóse a una ventana. Lund fue tras ella.

—Al fin y al cabo, ¿qué se podía esperar de un tipo como ése? —preguntó, asiéndola de un brazo y haciéndola girar hacia sí—. No hubiera ocurrido si hubieses sido mi mujer… No lo demoremos más… Casémonos cuanto antes.

—¿Casarnos? —repitió ella, en un susurro.

—Yo haré que John Day reciba su merecido. Te lo prometo.

Ella se desasió suavemente de él y volvió a darle la espalda, arguyendo:

—Pero el caso es que yo no te quiero, Bob.

La respuesta de la joven produjo en Lund el efecto de un mazazo.

—¿Qué dices, Susan?

—No estoy enamorada de ti, Bob. Y soy de la opinión que entre un hombre y una mujer debe existir algo más que una amistad para unir sus vidas. Yo no podría entregarte otra cosa. Agradezco tus palabras, pero quiero ser sincera contigo. Darte esperanzas sería cruel. Sabía que este momento tendría que llegar tarde o temprano,

pero siempre pensé obrar como lo hago ahora. Compréndelo, Bob.

—Voy comprendiendo muchas cosas —contestó, a sus espaldas, él.

Susan giró de nuevo con las cejas enarcadas.

—¿Qué insinúas, Bob?

—Poling me lo advirtió la noche en que celebramos tu cumpleaños. No odias a John Day. Tú lo quieres.

Las palabras del abogado fueron para Susan un descubrimiento. Asombrada, con los labios entreabiertos, no pudo articular palabra alguna.

—¡No lo consentiré! —rugió, de pronto, Lund—. Te lo juro, Susan. No consentiré que ese hombre se case contigo.

—¿De qué estás hablando, Bob? Por favor, serénate.

—No, Susan. Ya he permanecido demasiado tiempo en actitud pasiva respecto a ti. Ahora voy a actuar.

—No te comprendo.

—Voy a matar a ese hombre.

Las pupilas femeninas se dilataron.

—Estás obcecado, Bob. No sabes lo que dices.

—Jamás he hablado con mayor seguridad. Lo mataré. Tenlo por seguro. Iré a Galverston sólo a eso.

—Te lo suplico, Bob. Abandona esa idea. Estás en un error. Me hallo confusa. No puedo aclarar mis ideas. Day jamás me ha hablado de lo que tú insinúas. Por su forma de comportarse conmigo, diríase que me desprecia. Te equivocas, Bob. Has de reconocerlo. El hecho de que no quiera casarme contigo no supone que el puesto que deseas a mi lado lo ocupe él.

La ira congestionaba el semblante de Lund.

—No conseguirás convencerme, Susan. Iré a Galverston para cortar la carrera de ese hombre. Impediré que avance un paso más.

Lund dio media vuelta y se dirigió a la puerta con paso resuelto.

Susan corrió tras él.

—¡Espera, Bob! ¡No vayas!

Pero él la apartó bruscamente y salió de la habitación, cerrando de un portazo.

Susan se detuvo acongojada, respirando entrecortadamente, sintiendo en el pecho un nudo cada vez más grande.

De pronto apoyó los brazos en la puerta e inclinó la cabeza

sollozando, mientras de su garganta brotaban unas palabras convulsas:

—¡Por favor, Bob!… ¡No lo hagas!…

CAPÍTULO XIV

Una multitud enfervorizada estaba pendiente de las palabras que iban a pronunciar los prohombres de Culver City y Galverston desde la tribuna en que se encontraban.

Jeremías Dalton, el alcalde de Culver City, obeso, de gran papada y manos gesticulantes, indicaba a su colega, el alcalde de Galverston, Baynard Schaffino, que era él quien debía dirigir la palabra pero éste, a su vez, delegaba en el primero. Así, tras un peloteo protocolario, Schaffino, alto, delgado y huesudo, carraspeó fuertemente y empezó a hablar.

—Conciudadanos de Galverston y Culver City, señoras y caballeros, vecinos todos de esta comarca… Sería inútil deciros la enorme emoción que me embarga en el momento presente. Mi corazón salta de gozo porque al fin esta obra por la que tanto hemos suspirado es una realidad. Todos vosotros sabéis los sacrificios económicos que los municipios de Culver City y Galverston han tenido que hacer para llevar a cabo este tendido. Sin embargo, pese a todas las dificultades, se logró reunir capital suficiente y una entidad de solvencia como la Unión de Ferrocarriles de Texas se encargó de la realización. Ninguno de vosotros ignora cuánto hemos padecido a lo largo de estos últimos meses cuando se nos decía que los constructores iban a abandonar su tarea. Los pesimistas han repetido una y otra vez que nuestras ciudades nunca se podrían unir. Pero lo cierto es, como la luz del sol que nos alumbra, que aquí estamos todos contemplando estos brillantes rieles por donde no tardarán en circular vagones y más vagones que transportarán riquezas entre nuestros dos pueblos. ¿Quién ha hecho esto posible? Yo os lo diré. Un grupo de hombres valientes y abnegados que han sido dirigidos de forma magistral por

esos caballeros que veis ahí abajo y que de ninguna manera han querido subir a compartir con nosotros vuestros aplausos. Estoy hablando de John Day, Fred Hayes y ese otro hombre, Guy Hutton, que contempláis en un sillón de ruedas porque no ha querido perderse este gran acontecimiento…

Los espectadores prorrumpieron en una ovación cerrada, haciendo inaudible durante unos instantes la voz del orador. Cuando se pudo dejar oír, estaba diciendo:

—… Por tanto, vamos a proceder a hundir el clavo de la última traviesa. Nosotros no poseemos la fortuna de la Union Pacific y por tanto nuestro clavo no es de oro, ni siquiera de plata, porque nuestras arcas están vacías.

Aquí el público estalló en risas.

—Es un clavo como otro cualquiera, pero es el definitivo. Y yo creo que el honor de golpearlo con el martillo debe recaer sobre estos hombres a que me he referido antes.

Nuevos aplausos y gritos fueron el consenso popular a la sugerencia del alcalde, el cual tomó de una mesa un martillo a cuyo mango se anudaba un lazo de seda, y lo alargó a Fred Hayes.

Fred lo cogió y se lo quiso entregar a Johnny, pero éste lo rechazó, y entonces aquél se acercó al sillón en que se encontraba Guy y por si acaso también lo rechazaba, se lo dejó caer sobre las rodillas.

—Está bien —dijo Hutton—. Pero me tendréis que acercar a la traviesa.

Uno a cada lado, Fred y Johnny empujaron el coche de ruedas hasta llegar al lugar en que debía ponerse el último clavo sobre el madero.

Guy se agachó, cogió aquél, lo colocó en la traviesa y le pegó un martillazo. Al sonar éste, los espectadores lanzaron un rugido. Luego le tocó el turno a Fred y, finalmente, a Johnny. Inmediatamente una banda de música empezó a interpretar una marcha. Los hombres sacaron sus revólveres y dispararon al aire, mientras otros tiraban los sombreros por encima de sus cabezas.

Los tres amigos se miraron sonriéndose y se estrecharon las manos.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Johnny.

Fred dio un suspiro, murmurando:

—No he sido padre nunca, pero creo que me embarga la misma emoción que si lo fuese.

—Creo que ya te he oído decir eso en otra ocasión —rezongó Guy.

—Es posible. Pero ¿no es estupendo tener tantos hijos?

—¡Al diablo con los sentimentalismos! —estalló Johnny—. ¿Es necesario que os recuerde que llevamos cerca de dos meses sin beber un vaso de *whisky*? ¿Qué os parece si nos desquitamos?

El diálogo entre los tres amigos se hizo casi imposible porque continuamente se acercaban a ellos los obreros del ferrocarril y un sinfín de ciudadanos para estrechar sus manos y colmarles de felicitaciones.

—¡Sacadme de aquí! —gritó Guy—. Esta gente me va a asfixiar.

Fred y Johnny se pusieron nuevamente detrás del coche y lo empujaron.

Los hombres disparaban sin cesar y la atmósfera estaba llena del olor acre de la pólvora. Algunos habían logrado abarcar con sus robustos brazos una cintura femenina y bailaban al compás de la música.

Russ, uno de los supervivientes de la catástrofe del túnel, se encontraba al lado de su mujer con un chiquillo en brazos. Otros dos niños estaban de pie junto a ellos.

—¡Eh, señor Day! —gritó—. Ya le vuelve a gustar a mi mujer el color de mi piel.

—Pues ya lo sabes, Russ —contestó Johnny—. Si quieres no perderla, deja de hacer la competencia a los topos.

A treinta yardas de donde se encontraban, en el recodo de una calle, Robert Lund hablaba a Jeffrey y Bill, los dos hombres que despidió Johnny al iniciar su actuación.

—Ya lo sabéis —decía el abogado—. Day vendrá con sus amigos. Vosotros encargaos de ellos. De John me ocupo yo.

—Hubiera preferido al lechuguino —objetó Jeffrey—. Es al que le tengo ganas.

—No importa si al fin y al cabo va a caer.

Cerca de ellos pasaba la gente hacia el centro del pueblo, cantando y bailando.

De pronto, Jeffrey anunció:

—Ya vienen, señor Lund.

Los ojos de Robert miraron en dirección al lugar que le señalaba Jeffrey.

—Ya sabéis que no podemos fallar. Hemos de hacer tan sólo tres disparos.

—Descuide, señor Lund —repuso Bill—. Jeffrey y yo tenemos buena puntería. Es usted el que tiene que asegurarse.

En aquel momento Guy decía a sus amigos:

—De acuerdo, muchachos. Hemos terminado esto. Ya tiene Fred un nuevo hijo. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vosotros podéis permitiros el lujo de tomaros unas vacaciones —comentó Johnny—. Con los dos mil dólares que cobraréis cada uno de la compañía, podéis tirar unos cuantos meses sin ver un instrumento de trabajo. Yo seguramente me iré a California. Dicen que han descubierto nuevos filones de oro.

—¿Tú convertido en minero? —retrucó Fred—. Permíteme que me ría.

—¡Y un cuerno! —exclamó Guy—. No te puedes ir sin nosotros y ya sabes que el doctor ha dicho que tengo todavía para un mes. Distribuiremos en partes iguales el dinero que cobremos, ya que el sacrificio de tu parte nos sirvió para meternos a los obreros en el bolsillo. ¿Estás de acuerdo, Fred?

—Si lo dudas, soy capaz de romperte la otra pierna.

Los tres camaradas rieron. Luego dijo Fred:

—Tengo que daros una buena noticia. Ya que tú, Guy, no puedes valerte por ti mismo, las cuatro próximas semanas nos la tomaremos para holgazanear. Justamente me han hecho una proposición para dentro de un mes. Un par de ciudades del Estado de Nuevo México quieren unirse por el ferrocarril. Anda por medio un amigo mío y me escribió hace unos días para decirme que si le dan a él la contrata nos llamará para que le hagamos el trabajo.

—¿Un nuevo hijo, Fred? —repuso Guy—. Bueno, pero ¿es que nosotros no servimos para nada más que para construir tendidos de ferrocarril?

—Creo que no —repuso Johnny—. Lo hemos intentado otras veces y hemos fracasado.

—A propósito —comentó Guy—. Nos tendremos que marchar sin despedirnos de la señorita Farr. ¿Cómo te explicas tú, Johnny, que no haya venido hoy?

Day tardó algún tiempo en contestar.

—No lo sé. Después de todo, es cosa suya. Habrá tenido que hacer en otro sitio.

Se iban acercando poco a poco al lugar donde se encontraban apostados Lund y sus hombres. Éstos los vieron llegar a su altura y los dejaron pasar por delante de ellos para que quedasen de espaldas. Lund sacó el revólver y su gesto fue imitado por Jeffrey y Bill.

De pronto, una voz femenina asaeteó el aire.

—¡Cuidado, Johnny!… ¡Detrás de ti!

Day vio correr hacia él a Susan Farr. Era ella quien había lanzado el grito. Day se volvió como una centella al tiempo que desenfundaba y descubría a los tres hombres que iban a disparar.

Su mano se estremeció espasmódicamente tres veces al tiempo que del cañón salían otras tantas onzas de plomo.

Ninguno de los asesinos llegó a apretar el gatillo.

Lund recibió el proyectil entre las cejas y murió antes de que su cuerpo se desplomase en el suelo. Jeffrey se dobló cerrando los ojos al sentirse herido en el estómago y Bill fue el único que quedó en pie, desarmado, porque la bala destinada a él le había destrozado el brazo.

En pocos instantes, la gente que pasaba por las inmediaciones, se arremolinó en el lugar en que se había desarrollado la escena.

Fred, con el revólver desenfundado, se acercó a donde habían caído Lund y sus secuaces.

Johnny se volvió lentamente y guardó el «Colt». Susan estaba a cinco yardas de él; inmóvil, mirándolo con un fruncimiento entre las cejas, con una expresión de turbación en el semblante.

Los dos jóvenes se miraron con fijeza mientras hombres y mujeres pasaban por su lado, pero ellos no se daban cuenta de nada.

De súbito, Johnny empezó a andar acercándose a ella y se detuvo tocándola casi.

Susan exclamó:

—¡Oh, Johnny!…, ¿por qué no lo dices de una vez? ¡Grandísimo testarudo!

El sonrió, asintiendo con la cabeza, y sus labios se movieron para decir:

—Te quiero, Susan. Es verdad. Te quiero.

La joven se echó en sus brazos y se apretó contra su pecho mientras él la besaba en el cabello, en la frente, en la nariz y finalmente en la boca.

Fred Hayes y Guy Hutton contemplaron a la pareja y el primero se rascó el cogote, comentando:

—Creo que esto va a echar por tierra todos nuestros planes.

Guy replicó, sonriendo:

—¿Tú crees? ¡Por todos los infiernos, muchacho! ¿Es que te olvidas de que, a partir de ahora, seremos unos potentados del ferrocarril? Ya era hora, ¿no te parece?

—¡Canastos! ¡Es cierto! —exclamó Fred—. ¡Voy a tener una familia numerosa!

Cuando levantaron la mirada, Johnny y Susan continuaban besándose.

FIN